En busca de Itzel

IRENE GONZÁLEZ (TEXTOS)
DANIELA MARTÍN DEL CAMPO (ILUSTRACIONES)

En busca de Itzel
Primera edición, 2022
Colección: Alas de Lagartija

© Rosa Irene González Enriquez , por los textos.
© Daniela Martín del Campo, por las ilustraciones.

D.R. 2022 de la presente edición:
Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional
de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces
Paseo de la Reforma 175, 5° piso, Col. Cuauhtémoc,
Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx
www.alasyraices.gob.mx

Dirección editorial: Bruno Aceves Humana. Edición y coordinación editorial: Nayely Hernández Orozco. Corrección de estilo: María del Carmen Salazar Flamenco. Diseño de colección: Frida Solano Martínez. Formación: Sofía Escamilla Sevilla.

Se utilizaron las fuentes Clarendon y Montserrat.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-170-7
ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL
alas y raíces
ESTRATEGIA NACIONAL DE LECTURA

En busca de Itzel

IRENE GONZÁLEZ (TEXTOS)
DANIELA MARTIN DEL CAMPO (ILUSTRACIONES)

A la memoria de mi abuelo,
quien en sueños me sigue animando.

El hombre vestido de muerto

Itzel ha desaparecido. ¿Hace cuánto? Mañana se cumple una semana. ¿Itzel está muerta? Eso dicen algunos en la escuela, aunque hablan muy bajito para que nadie los escuche. A los maestros y a los padres no les gusta oír esa palabra, especialmente para discutir la ausencia de Itzel. Supongo que a nadie le agrada poner el nombre de una chica de dieciséis años junto a un adjetivo con el que no deberían describirla en al menos cinco décadas. Mi madre responde siempre lo mismo: "Hay que seguir rezando". ¿Pero cuántas "Ave María" cuesta regresar a una persona a casa? ¿A cuántos rosarios equivale la vida de una chica?

Ahora que Itzel no está, paso más tiempo mirando por la ventana del salón de clases. Las esquinas de mi cuaderno se sienten aliviadas con su ausencia, me imagino, porque ya no necesito arrancarlas para escribirle notas y pasárselas por debajo del escritorio. A propósito del escritorio, nadie quiere sentarse en ese lugar, lo tratan como si estuviera

maldito o sencillamente es demasiado pronto para invadir el espacio de un fantasma. Así que mi espalda se siente fría sin el aliento de sus risitas indiscretas, el chisme transitando desde su boca hasta mi oreja. Mis costados están a salvo, porque no hay nadie allí para encajarles la punta de su estúpida pluma rosa, con esa bolita peluda pegada a un extremo y decorada con brillantina plateada. Dios mío Itzel, ¿en qué estabas pensando cuando te compraste esa fregadera?

La verdad, afuera nunca pasa mucho. Hoy el patio está casi vacío. Ni siquiera hay un partido de futbol por el que pueda fingir interés. Tampoco veo a los escuincles de primero de primaria, gritando como locos y comiéndose los mocos. ¡Ja! Verso sin esfuerzo. Por eso él me llama la atención de inmediato. Está de pie, solo, en medio del patio. ¿En qué momento llegó hasta allí? No es que me encontrara muy concentrada; mis ojos han vagado de esquina a esquina, de un edificio al otro y de cara en cara, desde la primera clase. En lo único que he estado pensando durante los últimos siete días es en Itzel. Bueno, en Itzel y en la hora del lonche, la neta. Tengo hambre. Yo siempre tengo hambre. Ella lo sabe, por eso todos los días trae comida extra, especialmente cuando le preparan quesadillas fritas. O traía, supongo. Aprieto las muelas sin querer cuando pienso en su mamá. Tengo la peor memoria del mundo y aun así me acuerdo perfecto de cada palabra, cuando me marcó, llorando, para preguntarme si había visto a su hija. Cuando me dijo que Itzel no había regresado a casa.

De cualquier modo, estoy casi segura de que él no estaba parado allí hace un instante. Estoy segura de eso y de otra cosa, aunque es casi imposible porque mi salón está en el último piso, lo que convierte su rostro en una mancha borrosa. Aun así, sé que está mirando hacia acá arriba. Sé que me está mirando a mí.

—¡Alicia! —La profesora Dulce me observa desde el pizarrón. No tengo idea de qué ha dicho o preguntado, pero claramente está esperando una respuesta. Intento encontrar en los garabatos de marcador verde, rojo, azul, negro, e incluso morado, una pista. Lo único que se me ocurre es que a esa mujer le gusta demasiado utilizar los marcadores. ¿Para qué se compró el morado? Si la escuela les da los marcadores gratis a los profesores, ¿para qué gastar en uno nada más por el color? Quizá Dulce quiere llamar la atención, ser original, a lo mejor no se le ocurre otra manera de destacar más que con el color de sus operaciones matemáticas. Esa Dulce, un ejemplo de chica rebelde.

—¿Mande? —Ahora parece enojada. Puedo ver el inicio de una mueca en su cara, la boca que se abre para regañarme por estar tan distraída. Entonces sus ojos se desvían a la banca de atrás, el asiento frío, como el helado que le gusta a Itzel, ése, el de chocolate. Su cara se relaja tan rápido que el pupitre vacío bien podría haberla amenazado, probablemente en el idioma de los profesores de matemáticas, quienes usan de forma innecesaria plumones morados.

—Alicia, sé que es un momento muy difícil. Es difícil para todos, pero tenemos que tratar de concentrarnos en nuestras clases y tareas, por favor —ya no me está viendo a mí, ahora habla en voz alta y un incómodo silencio se extiende por todas las filas del salón. No sé si alguien más lo note, pero ese silencio y esa incomodidad se vuelven, cada día, un poco más breves. Un poco más ligeras—. A ver, Sofía, ¿puedes pasar tú a resolver este problema, por favor?

Mientras Sofía aplasta la punta del marcador contra la blanca superficie del *pintarrón,* yo tonteo con las páginas de mi cuaderno, con esas esquinas en blanco perfectamente intactas que estoy empezando a odiar. Me acuerdo del hombre que está afuera, en el patio, pero cuando trato de buscarlo

ya no está por ningún lado. Ahora han salido los mocosos de primero a cantar sus canciones y a jugar sus juegos. Itzel y yo nos sabíamos muchos de ésos con las manos; que si "a don Martín, ti ri rín, ti ri rín, se le murió, to ro rón, to ro rón, su chiquitín, ti ri rín, de sarampión". ¿Qué onda con esas canciones? ¿A quién se le ocurrió cantar sobre el hijo muerto de don Martín y hacerle su propia mini coreografía? Una vez más, miro las esquinas de mi cuaderno, en el que tengo tanto que volcar y nadie a quién pasárselo. Empiezo a arrancarlas y hacerlas bolita, así vacías y una por una, nada más porque ya no aguanto verlas enteras, porque al final de las horas del día, Itzel sigue desaparecida.

El hombre, en medio del patio, vuelve al día siguiente. Está allí parado sin hacer nada, con la cabeza echada hacia atrás y sus ojos clavados en los míos. No puedo verlos realmente; sin embargo, no tengo duda alguna de que es así. Creo que tiene las manos metidas en los bolsillos y que está vestido completamente de negro. Parece que trae una especie de chaqueta, no, no, más bien es una gabardina. ¿A principios de abril? ¿En Guadalajara, donde empieza a hacer calor casi desde febrero y uno tiene que vestirse en capas, como cebolla, porque a mediodía se está calcinando vivo? Son las doce, está parado justo bajo el sol en un patio blanco que brilla como espejo, ¿por qué no se quita la gabardina? Me imagino que debe ser una especie de gótico. ¿Y por qué está mirándome? Al igual que antes, apenas algo me hace desviar la vista, el hombre de negro se evapora como la orina en las banquetas.

Me empiezo a sentir muy incómoda. Una sensación de paranoia me invade, aunque la verdad dadas las circunstancias, más que paranoia, habría que llamarla alerta. Pienso que quizá me ha estado siguiendo. Se me ocurre que tengo un *stalker*, un acosador, como en esa serie de Netflix. Por supuesto, lo primero que se me viene a la cabeza es que tal vez él tenga algo que ver con Itzel. Ella jamás me dijo

que se sentía vigilada, nunca mencionó la posibilidad de que alguien la acechara o que quisiera atacarla, ni habló de sujetos vestidos de negro. De cualquier forma, esa silueta parada sin hacer nada, me llena de inquietud y hace que me imagine toda clase de cosas. ¿Puede ser posible que esté relacionado con la desaparición de mi amiga?

A mis padres nunca les ha gustado mucho que ande sola por las calles, pero desde lo de Itzel es casi imposible que eso suceda. Por lo general, me molesta que mi mamá me recoja cuando la escuela está a quince minutos caminando, pero el día de hoy no puedo esperar a ver la Voyager en la que llega, después de salir de su trabajo; siempre dice que es una suerte que le den dos horas de comida en lugar de una, como a la mayoría de las personas.

Mientras la espero en el estacionamiento, no dejo de mirar a mi alrededor, me arranco los pellejitos de mi dedo gordo y busco una silueta negra en cualquier parte. Paola dice algo sobre nuestro proyecto de equipo y cómo vamos a organizarnos para hacer las nieves de garrafa que supuestamente venderemos en la feria del emprendedor. El equipo entero sabe que terminaremos comprándolas en La Michoacana, vaciándolas en recipientes de vidrio, no de unicel porque ya saben, el medio ambiente, y poniéndoles la etiqueta que creará Fabiola, la futura diseñadora gráfica, en una *app* descargada de la Play Store.

—Ya me voy, Pao, lo checamos luego, ¿sale? —Me subo a la camioneta, asintiendo a la respuesta de Paola como si de verdad hubiera escuchado lo que dijo, algo de crear un grupo para ponernos de acuerdo.

Mi mamá hace las preguntas de rigor y le contesto como un autómata. Tengo a favor "la bandera" de la adolescencia, al fin y al cabo somos una raza apática por naturaleza, y ni

para qué mencionar esa pequeña situación de que nadie sabe dónde se encuentra mi mejor amiga; no es raro que esté de mal humor, que no quiera dar muchas explicaciones. Han pasado un par de días que en realidad no han sido extraordinarios. De hecho, no han sido en absoluto relevantes: las mismas clases, las mismas caras, la misma rutina y el mismo marcador morado. Con o sin Itzel, el horario se mantiene, los profesores siguen sus programas, los mocosos de primaria gritan, el futbol se juega igual. Hay algunos cambios, claro, pero es como en uno de esos dibujos en que te retan a encontrar las cinco, diez o quince diferencias. Me he apuntado varias hasta ahora, están circuladas en mi cabeza con una pluma llena de brillantina, la más extraña todavía me palpita en la sien y me encoge el corazón. Me hace mirar hacia atrás, desde la ventanilla del carro, antes de salir del estacionamiento de la escuela; buscar una forma negra con las manos en los bolsillos. Un sujeto vestido de muerto, mirándome fijamente desde algún sitio.

No lo vuelvo a ver en la escuela; la siguiente vez que me lo encuentro está metido en mi habitación, sentado en mi silla y con los pies recargados en mi diminuto escritorio.

No puedo dormir. Son las once de la noche, mis padres están dormidos desde las nueve. Hasta el perro tiene los ojos cerrados y el hocico babeando sobre la almohada, suspira de vez en cuando porque quiere que apague la luz de la computadora. Yo desearía haber hecho lo mismo en cuanto terminé de cenar; convertirme en una bolita en la esquina del colchón y dejarme arropar por la inconsciencia, porque me siento nefasta. He puesto el celular en modo avión, cansada de las notificaciones que me llegan de diferentes grupos y mensajes privados. Tengo un nuevo chat grupal llamado "NIEVES PILY", al que Paola me agregó esta tarde. ¿Quién rayos es Pily? Ah sí, ya lo recuerdo, es el *xoloitzcuintle* de Fabiola. ¿De verdad han bautizado unas nieves de garrafa en

honor a un perro? ¡Jesús, María y José, y todos sus amigos carpinteros!, ni siquiera me molesto en abrirlo. Laura me ha estado hablando en un chat privado, es la única persona que parece tener una genuina preocupación por mi bienestar. Ha sido amiga mía desde hace tiempo, me parece. Pero en realidad no es tan cercana, no como Itzel.

En la computadora nada más tengo abierta una página en blanco. Lleva así unas tres o cuatro horas. El cursor, parpadeando, es tan molesto como una granada, y como cualquier bomba hará que me exploten los nervios de un momento a otro, pero no quiero rendirme todavía. No he logrado escribir una sola palabra desde... bueno, digamos que ésa es otra de las cinco, diez, o quince diferencias en el dibujo de mi vida con y sin Itzel. Ella siempre ha sido una fiel lectora de mis historias, que la verdad son bastante malas.

Ya casi dan las doce. Tocino, mi perro mestizo, sigue suspirando con insistencia; que quede claro que yo no le puse ese nombre. Nunca había tenido una mascota más quejumbrosa en la vida, pero debo reconocer que Tocino tiene razón: el resplandor de la pantalla, de esa hoja en blanco incandescente en la que veo el reflejo de mi propia mente y de mi imaginación, ha alcanzado un punto insoportable. Azoto la tapa de la computadora. La oscuridad se extiende en mi habitación, sin embargo, la tengo muy bien medida y puedo moverme sin ningún problema hasta alcanzar el interruptor de la luz, que está junto a la puerta en el extremo opuesto del cuarto. Cuando he llegado casi hasta allí, con el brazo extendido por si las dudas, Tocino se pone a ladrar. Pienso que ha escuchado algún ruido a lo lejos, el perro de algún vecino, o un gato en la azotea.

—¡Tocino, cállate ya!

No me hace ningún caso. Está armando un escándalo muy poco común en él. Sé que se ha bajado de la cama porque

escucho sus patas en el suelo de la habitación, sus uñitas chocando contra los mosaicos, y me parece que está persiguiendo algo.

—¡En la madre, una rata! —Es la conclusión a la que llego, porque ya he tenido un par de ratones de colados en mi cuarto antes—. ¡MAMÁ! ¡PAPÁ!

Me apresuro a encontrar el interruptor y prender la luz. Un segundo antes de hacerlo, sin embargo, puedo sentir algo peludo que se escabulle con rapidez entre mis piernas, algo demasiado pequeño y gordo como para tratarse del perro. Grito con todas las fuerzas que los pulmones de una chica de talla mediana, no fumadora y corredora a tiempo parcial, pueden tener; en pocas palabras, me impresiona que mis padres no estén llamándome ahora mismo por mi nombre completo con rabia, porque sus horas de sueño son más sagradas que la integridad de su única hija.

—¡MAMÁ! ¡PAPÁ!

Cuando prendo la luz puedo ver una cola alargada y efectivamente rosada escabulléndose debajo de la cama. Es difícil decir quién está más histérico, si Tocino o yo; al menos él intenta atraparla, aplastando lo más que puede su cuerpo por una ranura entre la base de la cama y el suelo, en la que ni convirtiendo en taquitos la tercera parte de su anatomía conseguiría meterse por completo. Por mi parte, he puesto a prueba mis pantorrillas y mis glúteos con un salto épico, que ha conseguido posicionarme en la parte más alta de mi cajonera.

—¡UNA RATA! ¡MAMÁÁÁÁÁÁ!

No entiendo cómo no se han despertado. Haciendo gala de habilidades gimnásticas, nunca antes vistas en mí, salto

desde la cajonera hasta el baúl que está al pie de mi cama, y desde allí directamente al pasillo. Corro a la habitación de mis padres, pero está cerrada y por más que les grito y les toco no consigo obtener alguna respuesta. Buena noche eligieron para tomarse un Valium.

Regreso a mi cuarto armada con una escoba y la absoluta certeza de que no tengo idea de lo que estoy haciendo; yo no cacé a los ratones que me visitaron antes. Yo nunca he matado nada que no sean cucarachas o mosquitos, alguna que otra mosca y el triste e inevitable caso de algunas abejas que confundí con sus primos lejanos amantes de la materia fecal. Probablemente sólo me servirá para guiar a la alimaña hasta los dientes de Tocino, de cualquier forma, ya viene siendo hora de que ese perro se gane su sustento. Estoy tan alterada que puedo escuchar mi corazón cantándome *Heavy Metal* en el oído. Yo lo hubiera creído un órgano más inclinado a la electrónica.

Cuando me paro en el marco de la habitación dejo caer la escoba al piso: el hombre de negro está sentado al borde de mi cama, con la enorme rata en el regazo y los pies apoyados en la superficie de mi escritorio. Tocino ha dejado de ladrar, no me había percatado de eso, ni sé en qué momento dejó de perseguir al animalejo para irse a tirar al lado del intruso, como si fuera su perro faldero y no el mío. Hasta tiene apoyada la cabeza en su costado. Perro inútil. Ahora que lo veo, desde la cercanía de la invasión de mi propiedad privada, me doy cuenta de que es un chico. Se ve demasiado tranquilo como para acabar de irrumpir en una casa ajena, acaricia el lomo de la rata con calma y me mira como si fuéramos amigos.

—¿Qué ibas a hacer con esa escoba, exactamente? Con eso no se mata a los alebrijes.

Patz, el alebrije

Una pensaría que al ver a un extraño cómodamente instalado en la propia alcoba, tendría una reacción sensata. Puedo enlistar al menos tres reacciones que se me ocurren prudentes: la primera, salir de la casa y llamar a la policía desde el teléfono de un vecino. La segunda, encerrarse con el celular en una habitación diferente y llamar a la policía. La tercera, arrojarle un objeto e intentar sacarlo a escobazos de la casa. De acuerdo, la última no es necesariamente sensata, pero sigue siendo mucho mejor que lo que yo hago.

—¡Baja a esa rata de mi cama!

—No es una rata, ya te lo dije. Es un alebrije.

Puedo sentir el cerebro trabarse en mi cabeza, como cuando a mi padre se le atora la primera marcha en su carro y el motor reniega con un chirrido metálico. Otra vez grito para llamarlos, avisarles que hay una nueva clase de rata

adentro de la casa, una más del tipo de las que describía Paquita la del Barrio, pero nadie responde; así que por fin agarro la escoba y me acerco, determinada a pegarles en la cabeza hasta que las dos alimañas se encuentren fuera de mi territorio. No soy enteramente consciente de que todo este tiempo he estado gritando cosas, pero parece que es así porque la garganta me arde como si me hubiera tragado un chile habanero, y empiezo a ponerme ronca.

—¡FUERA DE AQUÍ, FUERA DE AQUÍ!, ¡LARGO!

La rata salta de su regazo y se esconde de nuevo abajo de mi cama. Tocino se pone a ladrar, pero parece que es a mí a quien intenta aplacar con sus gruñidos, porque se para justo al lado del sujeto de la gabardina negra y me mira como si no entendiera qué es lo que le veo de amenazante. "Es un tipo buena onda, te lo juro", parece que trata de decirme, "ya le he olfateado el trasero de norte a sur y de este a oeste, y está perfectamente limpio, te lo juro".

—¿Y si te digo mi nombre, te calmas? —Pregunta, evadiendo la escoba que agito contra su cara y sujetándola con una sola mano para arrebatármela. Sabía que tenía que haber hecho más pesas y menos cardio en el gimnasio.

Me arrojo contra el celular tan rápido como puedo, pero él ni siquiera intenta agarrarlo, o impedir que yo lo haga. Marco el número de la policía, pero no entra la llamada. Luego marco el de mis padres, pensando que, a lo mejor, si tienen el celular al lado de la cama, logre despertarlos; nada. A mi abuela... el número de la vecina, incluso termino tratando con el número de Laura. Ninguna de mis llamadas me da tono siquiera.

—¡¿Qué le hiciste a la señal?!

Pienso que debe tener un aparato de los que bloquean la señal de los teléfonos escondido en la gabardina negra, como esos hombres de las series animadas que al abrirse los abrigos tienen compartimentos adentro de los compartimentos y una amplia variedad de chunches piratas para vender, en el interior de los bolsillos. Él me mira largamente, con una ligera sonrisa en el rostro.

—¿Ya trataste de desactivar el modo avión?

Miro la pantalla del celular y me doy cuenta de la pequeña notificación en la parte de arriba: "Por favor, desactive el modo avión para realizar una llamada", Alicia inútil.

—Voy a aprovechar este silencio patrocinado por tu confusión y mal uso de las tecnologías para decirte que estoy aquí con el propósito de ayudarte a encontrar a Itzel. No, la verdad eso no es completamente cierto. Vine para pedirte que tú me ayudes a buscarla. ¿Eres su amiga, verdad? Y, además, su alebrije te siguió a ti.

Me doy la media vuelta y corro hacia el pasillo, desactivo el modo avión para hacer por fin una llamada a la policía. Mis padres siguen sin hacer caso a mis gritos, comienzo a preocuparme por ellos y a preguntarme si este tipo no les habrá hecho algo antes de llegar a sentarse en mi habitación.

Lo escucho caminar detrás de mí, así que corro para poner en ejecución uno de los planes sensatos previamente mencionados. No tengo a la mano las llaves de la puerta de entrada, así que encerrarme en el baño mientras hago la llamada parece la mejor opción. Excepto que no lo es, porque los arquitectos diseñan los seguros de los baños para que salten con cualquier cosa, en caso de alguna emergencia; mi mamá me lo había dicho. Yo ya me había aprovechado

de ese detalle para irrumpir en los momentos menos convenientes, con tal de hacerla renegar un rato. Él también lo sabe, abre la puerta y me quita el teléfono sin que logre contactar a nadie.

No hay hacia donde correr, así que procedo al plan de acción número 3: arrojarle cualquier cosa que se encuentre a mi alcance. Pero afrontémoslo, en el baño no hay muchas cosas pesadas: papel de baño, toallas, cepillos de dientes, jabones..., la jabonera es de plástico; la próxima vez me aseguraré de que compren una de cerámica. Entonces pienso en las películas de terror... y en cómo siempre agarran la tapa del tanque del inodoro para dar de golpes.

—Nada más te vas a lastimar con eso. No pareces ser de las que esconden cigarrillos en una Ziploc adentro del tanque, por cierto.

En los milisegundos que me lleva voltear a ver el paquete asegurado en el interior de una bolsa de plástico transparente, el chico de la gabardina negra, a quien le gusta acariciar ratas, me quita la tapa. Entrecierro los ojos porque imagino que me va a atacar ahora; estoy congelada en mi lugar y no soy capaz de dar ni un solo paso hacia atrás; él se limita a regresar la tapadera a su lugar y yo lamento estar tan lejos de las cosas que había visualizado que haría si tuviera que enfrentarme algún día a un oponente. Pero bueno, supongo que es difícil pensar que puedo ejecutar una llave de inmovilización, cuando la única clase de defensa personal que he tenido fue de dos horas hace un año. Demasiada influencia hollywoodense.

—Ésos no son mis cigarros —no sé por qué importa que lo aclare ahorita, simplemente me parece necesario.

—Qué bueno. Es un hábito desagradable.

—¡¿Como meterse en las casas ajenas?!

—Ah, claro. Pero ése no es un hábito mío. En realidad, es parte de las habilidades que se requieren en mi profesión. Hay diferencia —responde, alzando el índice frente a mi cara, como ve que desvío los ojos hacia el extremo opuesto del pasillo, donde se encuentra la habitación de mis padres, agrega—: ellos están bien, simplemente están dormidos profundamente. Si mezclas unas gotitas de saliva de duende con té de siete azahares, consigues una pócima adormecedora increíblemente eficiente.

"Este tipo está loco, y yo tengo que salir de aquí."

De repente mete la mano en su gabardina, me pongo tan tensa que se me engarrotan los hombros. No saca de allí ninguna clase de arma, para mi enorme alivio: nada más un celular, el suyo. Lo enciende, pone la contraseña y después de buscar entre sus archivos me enseña una foto en la que aparece rodeado de gente. Unos doce tipos y tipas que se visten más o menos como él; el mismo estilo medio gótico, medio alternativo, excepto por una chava que trae encima una chamarra turquesa y otra chica que se peina, utilizando una pluma con una bolita rosa para detenerse el cabello en un chongo.

—¡¿Qué le hiciste a Itzel?! —Según yo sigo gritando, pero la garganta ya no me da para eso. En lugar de una oración fuerte y demandante, suelto un gallo lleno de altibajos, una oración que más que salir de mi laringe se arrastra, la mitad de las palabras se estrellan contra la carne y la mucosa, como una carcacha arrastrando con un mofle caído.

—Yo no le hice nada —responde y casi me creo su expresión ofendida—. Ella también es mi amiga, aunque tú no sepas quién soy. No sabes todo sobre ella, pero creo que sé dónde

está. En problemas, eso tenlo por seguro. Yo no puedo ayudarla solo, y ninguno de estos cabrones piensa hacer nada, por eso vine contigo; el alebrije me guió hasta ti.

—¡Y otra vez con el cuento del alebrije! ¡Estás loco! Es una rata. ¡Es una mugrosa, asquerosa, enorme rata, y tú estás pero si bien chiflado! ¡Te quiero fuera de mi casa! ¡Que te vayas, antes de que...!

—Espera, te lo puedo probar.

Se da la media vuelta y regresa a mi habitación, como Juan por su casa. Tocino, que se acercó tímidamente a nosotros en el pasillo, sale trotando con la felicidad del mundo detrás de él. Me la pienso antes de seguirlo, pero ya no puedo llamar a nadie para pedir ayuda, porque él todavía tiene mi celular. He estado gritando como loca y ni mis padres, ni mis vecinos, ni Jesús, ni sus apóstoles me han hecho caso. ¿Qué me queda? ¿Encerrarme en una habitación hasta que se aburra, o agarre lo que quiera y se vaya?

—¡Alicia!

¿Además, sabe mi nombre? La fotografía en la que aparece Itzel, con esa gente extraña de la que jamás me había hablado, invoca sin que pueda evitarlo, un millón de preguntas. ¿En qué estás metida, Itzel? ¿Tienes una vida paralela de la que nunca quisiste contarme? Y aunque es ella quien está desaparecida, quien necesita ayuda y quien puede estar metida en graves problemas justo en este momento, me siento un poco dolida, celosa incluso. Se supone que no teníamos secretos, entonces, ¿por qué me dejó a un lado en esto?

—Los alebrijes no existen —lo digo con el tono de voz de quien enuncia una fórmula física. No me atrevo a adentrarme en mi propio cuarto, me quedo parada en el marco de

la puerta mientras lo veo perseguir al animalejo que se ha metido detrás del buró.

—Para empezar, ¿sabes qué son los alebrijes? —Ni siquiera se molesta en voltear a verme. Creo que la rata ha intentado morderle los dedos, porque suelta una maldición y se hace para atrás tan rápido que su cabeza choca con la base de mi cama. No puedo evitar reírme un poco y sentirme satisfecha.

—Claro que lo sé. Son como... como criaturas mitológicas. Como las quimeras: animales mitad una cosa, mitad otra.

—La leyenda dice que los alebrijes provienen de la mente de un tal Pedro Linares —continúa—. Era un artesano que trabajaba en el mercado de La Merced. Cayó muy enfermo y en sus alucinaciones pudo ver un mundo mágico donde habitaban criaturas extrañas formadas por la mezcla de varios animales. Los escuchó hablar, y los seres solamente decían una cosa: "alebrijeeeees".

Arrastra la última palabra, como si estuviera imitando el balido de una oveja, o una cosa parecida. También podría haber sido el gemido de una cabra.

—¿Y eso qué o qué?

—Es pura tontería. Lo que pasó fue que al querido Pedro se le confundieron las bebidas: en lugar de tomarse el tequila que había ordenado una noche en el bar, se tomó otra cosa que no era para él. Entonces, pudo ver el mundo como realmente es, pero solamente por un rato. Nuestra leyenda dice que fue un desastre; los alebrijes trataron de comérselo.

—¿Qué? —Es la única cosa que me sale. La rata está ahora en una esquina, detrás del ropero. El chico de la gabardina

me empuja un poco para mover el mueble y mete la cabeza, tratando de descubrir en dónde se está escondiendo la criatura. Yo me quedo justo donde me pone, y para fines prácticos daría lo mismo que fuera un perchero porque se quita la gabardina y me la avienta a los brazos.

—Sí —la voz se escucha ahogada, ahora que tiene casi la mitad del cuerpo metido atrás del ropero—. Has visto las figuritas, ¿no? Muchos de ellos tienen los colmillos tan largos como tu dedo medio; y ahí va el querido Pedro a intentar acariciarlos. Trató de montarse sobre un *globosaurio,* ¿a quién se le ocurre? Tuvieron que hacer un trabajo muy intenso de control de daños para convencerlo de que su pequeña aventura era el producto de una enfermedad y que lo había alucinado todo. Lo que no pudieron borrarle de la cabeza nunca fue el recuerdo de los alebrijes, pero jamás consiguió verlos otra vez, y he ahí que empezó a crear esas figurillas.

De toda su fascinante historia, me quedo con una cosa:

—¿Globosaurio?

—No se llaman realmente así —responde. Sus piernas se mueven en el aire mientras arrastra el torso entre el ropero y la pared, cada vez más cerca de su presa. La rata está acorralada en la esquina y puedo escucharle lanzar unos chillidos repugnantes—. Una cosa al menos el doble de tu tamaño, parecida a un pez globo, pero en lugar de espinas tiene unos cuernos enormes, desde la cabeza hasta el lomo, un montón de dientes tamaño familiar, brazos con manos que, por supuesto, terminan en garras y aunque tienen patas de gallina, no son criaturas de las que puedas reírte, te lo aseguro. No tienes idea de lo que son capaces de hacer cuando están enojados.

Deja escapar un grito triunfal cuando por fin logra ponerle las manos encima a la rata. Le cuesta levantarse del piso

sin soltarla, pero después de varios intentos consigue incorporarse. La rata se zangolotea entre sus brazos, como si estuviera poseída y su cola larga se mueve tan violentamente que parece que tiene vida propia, como un robusto gusano pegado con Kola Loka a su trasero. El chico de negro se acerca a mí, sosteniendo firmemente a la criatura. Yo pego un salto brusco hacia atrás, que estampa mi espalda dolorosamente contra la perilla de la puerta.

—¡Ni se te ocurra acercarme esa cosa! —Le advierto con los brazos extendidos.

—Oh, vamos, tranquilízate, voy a demostrarte que no es lo que parece —me molesta muchísimo lo seguro que se muestra de sí mismo, pero agrega algo que no puedo ignorar tan fácilmente—. Hazlo por tu amiga, ¡por Itzel!

—¿Quieres que agarre una rata por Itzel?

—No, no, solamente tienes que mirarla fijamente —contesta, como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Mirarla fijamente? —Repito. Si mi cabeza fuera, en efecto, un carro, creo que esta sería la parte en la que el motor estalla en llamas—. A ver, ¿estás sugiriendo que tenga un duelo de miradas con una rata?

—¿Un duelo de miradas? —A juzgar por la mueca que hace, cualquiera diría que lo que he dicho es una barbaridad mucho peor que andar por la vida hablando de roedores que en realidad son alebrijes y de pócimas para dormir hechas con saliva de quiénsabequécriatura—. ¿De qué me estás hablando? No, nada más quiero que la veas con cuidado. Detenidamente, con fijeza, ¿sí me entiendes ya o te lo explico más despacio?

Ni siquiera soy capaz de elaborar una respuesta. Estoy viviendo la situación más surreal de mi existencia. Incluso si llego a vivir cien años, asumiendo por supuesto que tenga la suerte de sobrevivir a este loco, dudo mucho que me llegue a pasar algo más extraño que esto.

—A ver, pon atención. Por el amor de los cinco soles, Itzel nunca me dijo que fueras tan lenta. Ella no se tardó tanto en agarrarle el rollo a esto, ¿sabes?

—¿Qué? —Otra vez es la única palabra que soy capaz de pronunciar.

—Va de nuevo. Quiero que te concentres en la rata. Voy a distraerla un rato para que pierda el disfraz, nosotros lo llamamos *Incanto.* ¿Alguna vez has tenido la sensación de ver algo y tan sólo una fracción de segundo después ya no está? ¿Estar segura de haber visto una sombra o una silueta donde no debería haber nadie, pero al enfocar la vista desaparece de repente?

Lo primero que se me viene a la mente es él mismo, parado en medio del patio, mirándome desde allí con las manos en los bolsillos. Nadie más parecía percatarse de su presencia, de lo extraño que resultaba un sujeto con gabardina negra a la mitad del recreo. Muevo la cabeza en señal de comprensión, mientras tartamudeo una respuesta.

—Sí, sí. Supongo que sí.

—Algunas veces son efectos visuales, ilusiones. Pero la gran mayoría de las ocasiones son en realidad rápidos vistazos a lo que se encuentra debajo del *incanto.* El *incanto* es un velo que oculta ciertas cosas, para la seguridad de todo el mundo. Lo que yo voy a hacer es levantarlo un poquitito, muy brevemente, para ti, ¿entiendes? No durará mucho, prácticamente

nada. Una fracción de segundo, como dije antes. ¿Comprendes lo que te digo?

—¿Que si comprendo lo que...? ¡Claro que no!

—Sale, pon atención ahora que estoy a punto de hacerlo. Mira con atención a la rata, Alicia.

Ahí está una oración que jamás creí escuchar en toda mi vida. Me han ordenado que ponga atención muchas veces, todo el tiempo en realidad, pero nunca a una rata. El chico de la gabardina negra comienza a hacerle cosquillas al animal debajo de las patitas gordas. La rata se retuerce, ansiosa, la colita se le agita más rápido pero menos brusco, como si en realidad estuviera divirtiéndose. El estómago se me revuelve.

—Pero qué asco. Estás pero si bien enfermo.

—Fíjate en el animal. Míralo bien y deja de hablar un minuto.

A los locos hay que seguirles la corriente, al menos eso es lo que pienso en el momento. Pongo los ojos en blanco, pero después, a regañadientes, observo al animal. Miro con atención su cuerpo rellenito; es bastante grande para una rata promedio. Mucho más grande que los ratoncitos que se escabulleron en mi habitación antes. La cola también parece demasiado larga, y ahora que lo pienso, tiene los ojos de un tamaño inusual para un roedor.

No sucede inmediatamente. Me lleva varios instantes mirarlo y mirarlo antes de que se produzca un cambio real, más allá de la sospecha de que el animal no es ordinario. Al inicio es más bien una sensación, algo que no parece correcto: una proporción inadecuada en su anatomía, un color extraño en el pelaje. Pero de repente toda la imagen salta, no sé bien

cómo explicarlo. La mejor comparación que se me ocurre son esas tarjetitas tipo hologramas, que cuando las mueves de un lado ves una cosa, pero al moverlas hacia el otro aparece una totalmente diferente, como salida de la nada. Y así, de forma brusca e inesperada, de repente veo una criatura con mucha más semejanza a una nutria que a una rata, pero de color naranja chillón, con manchas azul rey por todo el cuerpo y unas alas tan pequeñas que deben por fuerza ser inútiles.

Grito mucho más fuerte que nunca, sin importar que la garganta me queme, que la cuadra entera se despierte, que los tímpanos del chico de negro se revienten. No solamente me hago para atrás, tiro su gabardina al suelo y salgo corriendo por el pasillo como alma que lleva el Diablo. La verdad creo que es una comparación adecuada, si este chico no es el Diablo, al menos deben estar emparentados.

—¡Espera!

Me alcanza en la cocina. Se ha puesto la gabardina de nuevo, aunque solamente a medias por lo que una manga se arrastra por el suelo detrás de él. Uso la mesa de escudo para que no me alcance y levanto un brazo para apuntar al animal. Otra vez parece una simple rata, sin embargo, por más insano que se escuche, por más imposible que resulte, estoy segura de que lo que vi es real.

—¿Qué es esa cosa?

—Un alebrije, ya te lo dije. ¿Has estado escuchando o no? Es el alebrije de Itzel, se llama Pátzcuaro, por cierto. Patz, para los compas.

Me echo a reír a carcajadas, porque es ridículo. Es sencillamente el colmo del absurdo. Río de forma incontrolable, me doblo sobre mí misma y él se queda allí, viéndome y

esperando a que recobre un poco la compostura. Yo no quiero, no puedo, parar de reír.

—Tiene que... ser una... broma —apenas me salen las palabras de la boca, me cuesta trabajo recuperar el aliento.

Él se encoje de hombros con simpleza.

—A mí no me mires, yo no le puse así.

A propósito, si quieren saber quién le puso el nombre de Tocino a mi perro, ajá, adivinaron, fue Itzel: la reina de los nombres absurdos.

—Ahora que has visto la verdadera forma de Patz es momento de que superes el *incanto* por completo, de otra manera no me sirves de nada.

Se las arregla para sostener a la criatura con una sola mano. El animalejo está mucho más tranquilo, después de su extraña sesión de cosquillas y cariñitos. El chico termina de acomodarse la gabardina encima y mete la mano libre en un bolsillo interior para sacar lo que parece ser una petaca.

—¿Qué?, ¿Aparte de loco tienes vicios?

—No es ningún licor —responde—. Es la misma bebida que se tomó nuestro amigo Pedro Linares por error hace unos ochenta años. A quienes no tienen la visión se les da por tiempo limitado. Si te lo tomas todo, te dará unas veinticuatro horas para percibir nuestro mundo. Existen quienes ya la tienen, ya sea por nacimiento o porque la han desarrollado con los años... bueno, es como una especie de coctel y ya.

—Estás pero si bien mal, si piensas que voy a tomar cualquier cosa que tú me ofrezcas.

Se mueve hacia la izquierda para rodear la mesa, pero yo me muevo con él para evitar que me alcance. Con un suspiro irritado, pone la petaca sobre la superficie, justo en el centro.

—Si quieres encontrar a Itzel, éste es el único modo —dice—. No puedes ayudarme si no ves lo que yo veo. Necesito tu ayuda, Alicia. Ya me he metido en muchísimos problemas nada más por haber venido hasta aquí. ¿Crees que eres la única a quien le importa Itzel?

Vuelve a poner su celular frente a mí, junto a la petaca. Está desbloqueado y la carpeta de sus fotografías abierta, aparece con ella en muchas imágenes, salen con algunos de los otros chicos, a veces nada más ellos dos solos. Itzel parece feliz en todas, puedo creer que sea amiga de este tipo, pero eso no prueba que él no le hiciera daño.

—¿Qué piensas que le pasó? —Pregunto.

—¿A Itzel? —Se muerde el labio inferior—. Es difícil de explicar, porque tú no entiendes nada, no sabes nada y eres lentísima.

—Mira, amigo, si así quieres convencerme de ayudarte...

—Tranquila, amiga —responde—. Ya sabes a qué me refiero. Eres novata en esto del mundo Bajo *Incanto*. Lo que yo creo, es que Itzel descubrió algo acerca de alguien. Una persona importante, uno de nuestros superiores, un maestro, con un rango importante.

—Hablas como si formaras parte de un culto —le digo y por un segundo considero que eso es exactamente lo que ha sucedido. ¿Sería Itzel tan bruta como para unirse a una secta? ¿Los Testigos del Alebrije?

Él suelta una risotada bastante genuina. Lo medita un poco, sin borrar la sonrisa del rostro.

—Supongo que es una manera de verlo —responde—. El caso es que Itzel sospechaba hace tiempo de este tipo y yo creo que consiguió pruebas de que él...

—¿Se unió al lado oscuro de la fuerza?

—Eso. Ya nos vamos entiendo, ¿eh, normalita? —La rata se acomoda entre sus dedos, como si por fin se sintiera cómoda, o tal vez se hubiera resignado a que ya no tenía posibilidades de correr hacia otro lado. Empiezo a preguntarme si yo las tengo, o si más me valdría adoptar la misma actitud que Patz. ¡Dios mío!, ya hasta le estoy llamando por ese absurdo nombre.

—¿Piensas que la lastimaron por eso?

—O que se está escondiendo. Itzel es lista. Cuando me fui las cosas estaban muy agitadas, si le hubieran hecho algo no estarían tan preocupados. No, lo que creo es que Itzel desapareció a propósito, con todo y su evidencia, pero estoy seguro de que dejó algunas pistas atrás para que las personas correctas las encontraran y las siguieran.

—¿Y piensas que yo soy la primera pista?

Vuelve a sonreír, pero esta vez con una expresión llena de burla.

—No, normalita —alza la mano en la que sostiene a la cada vez más adormilada criatura. Ahora que el chico tiene la mano derecha libre, aprovecha para seguir rascándole debajo de la barbilla y detrás de las orejas, lo que parece mantenerla a raya—. Patz era la primera pista; lamento decirte

que tú eres la segunda. Lo que yo creo es que Itzel te dejó indicaciones a ti para ir tras ella.

Niego tan bruscamente con la cabeza que mi cabello me azota la cara. Ahora no solamente estoy confundida, me siento furiosa. Pongo ambas manos sobre la superficie de la mesa y me inclino hacia delante.

—Si tuviera idea de dónde está, ¿no crees que ya hubiera ido yo misma a buscarla? —Escupo mientras hablo, pero no me importa—. No sé quién te piensas que eres, pero déjame decirte que no necesito que un inventado venga de quién sabe dónde a soltarme historias sobre alebrijes y maestros, y cultos y sectas, para que al final me acuse de saber en dónde se encuentra mi amiga.

Alza las cejas y extiende la mano frente a mí en señal de rendición.

—Tranquilo, viejo.

Era lo que me faltaba. Lanzando un gruñido estiro el brazo para agarrar su celular, que es lo primero que se le atraviesa a mi campo de visión. Se lo aviento directo a la cara, pero él lo intercepta sin mucha dificultad, exhibiendo una agilidad que, para mi gran pesar, me impresiona genuinamente. Lo guarda de nuevo en la gabardina como si nada; la criaturita reniega un poco ante el movimiento y la falta de cariños, así que continúa rascándole las orejas.

—Me refería a algo discreto —aclara—. Un código escondido dentro de los últimos mensajes que te mandó, una palabra, yo qué sé, pero si mandó a Patz a buscarte, es porque tú, de alguna manera, tienes la clave para dar con su escondite.

Dejo escapar un sonido que ni yo misma sé bien qué es, si una tos, un carraspeo incrédulo o, simplemente, la saliva que ya no sabe si bajar por mi laringe, por mi esófago o de plano escalar de nuevo por mi garganta; me masajeo las sienes un poco, y casi me parece un milagro no sentirlas como una olla que ha estado hirviendo durante horas.

—¿Cómo sabes que ella envió al alebrije?

—Porque Patz nunca se despega de Itzel, a menos que ella se lo ordene —explica, señalando al animal otra vez. No sé si es mi imaginación, o si la cosa esa está roncando de verdad—. Patz va a donde ella le diga y no hay poder humano que lo detenga. Si le ordena quedarse en casa, lo hace. Si le ordena cazar un pájaro, o un verdadero ratón, o lo que sea, Patz no descansa hasta llevarle el cadáver, y si lo manda a buscarte a ti, lo va a hacer. Por eso se volvió loco cuando yo intenté agarrarlo, quería llegar hasta ti a como diera lugar. Pero bueno, aquí entre nosotros, las cosquillas son su punto débil, ráscale con la suficiente fuerza y pierde toda la concentración en un segundo; hazle cosquillas en la panza y se queda dormido casi al instante. No es el alebrije más mortífero, ni el más resistente, pero es determinado. Deja que se despierte y me arrancará los dedos de ser necesario para llegar contigo y no se separará de ti hasta que Itzel le dé otra orden, a menos que tú no seas la última en su lista de mandados.

—Creo que me habría dado cuenta si Itzel hubiera tenido una rata pegada a los talones —le respondo, incrédula.

—Seguro lo llegaste a ver alguna vez, pero en la forma de un gato. No tenía mucho sentido que hubiera un gato metido en tu habitación de repente, así que aquí tu cerebro lo interpretó como una rata. La mente ve lo que quiere ver y le da la explicación más plausible para nuestra comodidad, y el hechizo *Incanto* se aprovecha de eso.

—¿Y cómo supiste que esa cosa me buscaba?

—Por los cinco soles, ¡de verdad que eres lenta! —Se pasa la mano por el cabello, como buscando por allí la paciencia para seguir dando explicaciones—. Porque primero me buscó a mí, obviamente. Te lo dije antes, Patz me guio hasta ti. ¿Vas a tomarte eso o no?

Señala la petaca que continúa encima de la mesa, a tan sólo unos cuantos centímetros de mi mano. Estaba segura de que, al abrir la boca, lo que saldría por ella sería una negativa rotunda, o algo más colorido. Volvería a gritarle todas sus verdades, le diría que se largara de mi casa, que me dejara en paz. Quiero que se vaya para no volver a mi vida, que se lleve todas sus historias y sus tonterías, sus cultos y alucinaciones; también a la rata con el nombre ridículo. Si realmente es amigo de Itzel, debería entender que esto es un insulto, una burla o una broma de pésimo gusto. Entonces, abro la boca.

—¿Exactamente qué contiene esa botella?

"Jesús, María y José, y todos sus amigos carpinteros, ¿qué rayos estás pensando, Alicia?"

—Es una petaca, no una botella.

—Sí, sí. ¿Qué tiene adentro?

Lo medita unos instantes, mordiéndose ahora ambos labios.

—La verdad no es una mezcla agradable —confiesa—. Sé lo que estás pensando y no, no tiene ningún tipo de sustancia ilícita. Sí tiene varias hierbas, pero todas son legales, en tu mundo y en el mío, te lo prometo, lo llamamos *tlahuilli.* El significado literal de la palabra es "luz". Pero, para serte

completamente sincero, no todos los ingredientes son agradables. Puedo jurarte que nada te hará daño, aunque es probable que experimentes sensación de mareo e inestabilidad durante las primeras dos o tres horas después de ingerirlo, nada peor que eso, palabra de honor.

Levanta la mano derecha a la altura del pecho, como si ese movimiento o su honra significaran algo para mí. Por desgracia, no es su gesto ni su mano lo que está en mi cabeza en este momento; lo que me lleva a tomar la petaca y vaciarla de fondo no son sus juramentos, es el rostro de Itzel en la pantalla del celular.

Puede que sea la influencia de la noche, las cosas parecen muy distintas cuando se analizan durante la madrugada, o quizá la sucesión de eventos extraños, uno tras otro, que me han machacado durante la última semana: primero la desaparición de mi mejor amiga, sin pistas ni testigos, ni un solo mensaje, nada. Después el chico de negro, parado en medio del patio, yendo y viniendo cual espejismo; la rata que se transforma ante mis ojos, como si mi cerebro hubiera hecho una especie de corto circuito, breve pero real, de eso estoy segura (o casi segura). Sea lo que sea, el caso es que me veo a mí misma ajena a esa escena, siento que estoy mirando una película, que es alguien más quien estira el brazo para sujetar la forma metálica entre sus dedos, quien se toma la bebida. Sabe... ni siquiera puedo comparar el sabor con nada, porque no he probado ninguna cosa semejante. El líquido arde desde los labios hasta el estómago, me quema y entume la lengua, me provoca arcadas. La petaca vacía cae de vuelta sobre la mesa y creo que mi cerebro ha decidido probar a subirse en un carrusel que va a mil por hora.

—En honor a la honestidad, te diré que uno de los ingredientes es orina de tlacuache.

—¿Qué? —Me detesto a mí misma en este momento por muchas razones, entre otras, por carecer de un vocabulario más amplio.

El chico de la gabardina negra, que ahora sostiene definitivamente una nutria alada, anaranjada y moteada, esboza una amplia sonrisa. Con gusto le partiría los dientes si no estuviera demasiado ocupada, lidiando con un remolino de formas y de colores desfilando ante mis ojos.

—Dime algo, normalita. He visto los libros que tienes guardados en tu habitación, sé la clase de persona que eres, una entre los billones que esperó pacientemente a cumplir los doce años para recibir una carta mágica, ¿a poco no? No me digas que no intentaste buscar mundos mágicos en los armarios, en los áticos, o donde sea. Después de las decenas de libros que leíste con ilusión, de las cosas que intentaste cuando eras más pequeña, o quizá no tan pequeña, para descubrir algo especial, ¿vas a decirme que no te tomarías un poco de orina de tlacuache por tener ese acceso? Lamento que la llave no venga en un envase más conveniente, en la forma de algo más rústico, como un mueble mágico, digamos, o algo más refinado, como una carta traída por un pajarraco. Seguro te imaginabas que aquí te llegaría un quetzal, o un águila majestuosa, pues no, normalita. Aquí, en la vida real, lo que tenemos es un tónico creado con orina de tlacuache. Bienvenida a Bajo *Incanto*.

Bajo *Incanto*

Justo cuando termina la oración puedo escuchar, no tan a lo lejos, el sonido de unos lobos que aúllan, sin saber muy bien por qué se me estremece todo el cuerpo. La rata, que ahora supongo debo decir el alebrije, o al menos llamarle Pátzcuaro, salta de los brazos del chico. Él intenta atraparla de nuevo, pero se le escurre hábilmente, corretea por debajo de la mesa y se me sube escalando por la pijama. Justo ahora soy muy consciente de la ropa que llevo encima: un pantalón a cuadros morados y rosas, una playera floja de uno de los conciertos de Imagine Dragons, blanca con mangas roja. Es curiosa la manera en que la mente se enfoca en los detalles más irrelevantes: de repente me mortifica no traer encima un conjunto más decente, o al menos haberme molestado en combinarlo. Patz se acomoda como un gato sobre mi hombro y esconde la cabeza debajo de mi cabello, que, por cierto, también es un desastre. Todavía no me puedo quitar de encima la idea de que es una rata, así que me lo saco de allí con asco; dejo, sin embargo, que se

me acomode entre los brazos y que entierre el hocico entre mi codo y mi torso.

—¿Qué es eso?

El hecho de que se muestre preocupado me provoca estrés y desconcierto. Estamos hablando de un chico que irrumpió en mi casa en medio de la noche, se sentó en mi cama, revolvió mi habitación y en menos de una hora me dio un discurso acerca de un mundo paralelo, mencionando tantas cosas sin sentido que no puedo llevar registro de todas ellas. Un chico a quien le importó un bledo que llamara a la policía o le gritara con la plena capacidad de mi pulmón, sin mostrar una pizca de perturbación en el rostro. Hasta este instante.

—Son los coyotes. Michelle debe haberlos invocado para buscarnos.

—¿Los coyotes de...?

—Lo siento, novata, la hora de las explicaciones ya se terminó. Vámonos de aquí, pero ya.

Se dirige a la puerta de entrada y quiero decirle que no tengo las llaves. Me parece que están adentro de la mochila de la escuela, ¿pero en cuál de todas las bolsas? Ahora que lo recuerdo, las saqué para ir a la papelería en la tarde. Entonces, deben estar en el bolsillo trasero de mi pantalón. Nada de eso importa, porque resulta que la puerta estaba abierta de par en par y que él debió haber violado la cerradura desde antes de que lo encontrara sentado en mi habitación para poder entrar. Todo este tiempo fui libre de correr hacia la calle, hacia la libertad. “Alicia, eres una tonta”.

Se sube a un carro que está estacionado afuera, con las prisas solamente me fijo que es negro y un poco viejo.

Claro que no me quiero subir a un vehículo con un desconocido en medio de la madrugada; pienso en mis padres, en el infarto que les dará cuando se despierten y encuentren mi cuarto vacío y los seguros de la puerta abiertos. Son esas ideas las que hacen que me detenga en seco en medio de la banqueta, que una vez más, abra la boca para decirle que está loco, que se vaya sin mí y me deje regresar a mi casa, tranquila.

Es la visión de los coyotes lo que hace que salte al asiento del copiloto, como si mi trasero se hubiera prendido en fuego de repente. Primero los escucho tan cerca que pienso que me voy a hacer pipí del susto. Volteo a ambos lados y no necesito enfocar la mirada y concentrarme durante minutos para ser capaz de ver a las criaturas: no son coyotes como los que uno podría encontrarse en el zoológico, son una cosa extrañísima, terrorífica y fascinante a la vez. Son como sombras peludas que arrastran las patas, formados por algo que no atino a descifrar si es corpóreo o no, si se trata de una sustancia viscosa, como el engrudo o el petróleo, o si es más bien una especie de neblina demasiado densa; está en algún lugar a la mitad de esas dos cosas, si eso tiene algún sentido.

Me habría imaginado que un demonio como ellos, un ser de ultratumba, tendría los ojos rojos y brillantes; un par de esferas sedientas de sangre. Los suyos son, en cambio, la única parte de su anatomía que se parece a los del verdadero animal: amarillos, profundos y a la vez penetrantes, hermosos, en realidad. Pero sí que existe algo maligno en esos ojos, y no está en el color, la forma, o en ninguna característica física, más bien en lo que palpita detrás de ellos, al menos en lo que yo puedo ver: allí, asomándose detrás de las pupilas, está un vacío en el que caigo infinitamente, una trampa de arena en la que me hundo. Un montón de voces que gritan mi nombre desesperadas, todas ellas familiares. Hay una habitación que no es oscura, sino llena de luz, y lo

que alumbra es espantoso; un montón de tumbas con nombres que reconozco.

Los coyotes aúllan pesadillas y el chico de negro no necesita ni aclararme lo peligrosos que son, yo solita puedo imaginarme que la mordida de uno de ésos debe desgarrarte algo muchísimo más vital que la carne y el hueso.

—¡Vámonos! ¿Qué estás esperando?

Los coyotes nos persiguen a través de las avenidas, tenemos suerte de que sean las dos de la madrugada del domingo y la mayoría se encuentren vacías. Es la primera persecución en la que me veo involucrada, no soy lo que se dice una adolescente conflictiva y ni siquiera había jugado trompitos en el carro, mucho menos arrancones; siempre me ha parecido una tontería el tema de las carreras callejeras y lo último que soñaba era encontrarme algún día en un automóvil que fuera el objetivo de alguien más. El universo parece tener un sentido del humor bastante retorcido.

Por más que los contornos de sus cuerpos parezcan borrosos y poco definidos, las embestidas que dan contra nosotros se sienten bastante sólidas.El automóvil se zangolotea y veo al chico de negro aferrándose al volante con fuerza. Tiene la frente llena de sudor, un par de arrugas la cruzan de extremo a extremo y siento que puedo tocar con la mano la tensión que se ha formado en torno a él, pero estoy demasiado ocupada colgándome del cinturón de seguridad.

Las sacudidas y los aullidos parecen formar una melodía en conjunto, un compás que tiene el propósito de volvernos locos. Una de las primeras impresiones que me dan estas criaturas es que son tan estructuradas como salvajes, y que en su caos y en sus masacres hay, de alguna forma, belleza y perfección. Sus movimientos son precisos, una melodía

bien planificada, con la coordinación de un número de *ballet.* Comienza a parecerme que mi primera aventura será también la última. En la vida, cuando uno llega a un callejón sin salida, o *cul-de-sac,* dirían los franceses, dan ganas de echarle la culpa a alguien. Es mezquino, por supuesto, pero al menos para mí es un proceso inevitable; no sé lidiar con la frustración y los fracasos. Le estoy empezando a echar la culpa a Itzel con un monólogo interno muy elocuente, cuando de repente los golpes y los sonidos cesan.

—¿Los perdimos? —Pregunto al chico de negro, volteando a ver los espejos laterales y el vidrio trasero. Se tarda unos instantes en responder, de hecho se toma su tiempo nada más para cambiar la expresión del rostro; parece atorado en una cosa medio concentración, medio pánico absoluto. Me lleva a pensar qué clase de rictus había en mi propia cara hace unos instantes, ¿cuál será mi semblante de "no quiero ser el almuerzo de unos coyotes fantasmales, mamá, ayuda, por favor"? El día de hoy ha sido un buen cultivo de preguntas inesperadas.

—¿Qué? —Sacude la cabeza para terminar de volver en sí—. Ah, no. Uno nunca pierde a los coyotes negros. Una vez que te olfatean, te perseguirán hasta alcanzarte. No, lo que pasó es que a Michelle se le terminó la energía para convocarlos. Es muy buena, sí, pero ni siquiera ella puede mantener a los coyotes activos por tanto tiempo, es algo muy desgastante.

Para este punto ya he decidido que lo mejor que puedo hacer es seguirle la corriente con cualquier cosa que salga de su boca, es difícil no empezar a fluir y a tomarlo con filosofía. Después de las cosas que he visto en el transcurso de las últimas dos horas. Cabe la posibilidad de que esté bajo los efectos de su bebida, por supuesto, pero eso no le quita ni una pizca de realista o aterradora a esta experiencia.

Si estás leyendo esto, por cierto, cabe resaltar que no recomiendo ninguna de las decisiones que he tomado hasta ahora, ni las que seguramente estoy por tomar. Casi puedo apostar que mis posibilidades de alcanzar el lunes con vida disminuyen a cada minuto. Si alguna vez, por azares del destino y el cinismo de un universo, con el sentido del humor más retorcido y más negro que la gabardina del chico, se encuentran en una circunstancia semejante, éste es mi consejo: aléjense de la petaca y no tomen el *tlahuilli*. Vivirán más tranquilos de esa forma, sin la sensación de que un monstruo con colmillos y garras gigantes se los va a comer en cualquier esquina.

—Entonces, ahora tenemos coyotes malévolos del demonio tras nuestros huesos —le digo con un hilo de voz. Tengo unas náuseas horribles que no sé si atribuirlas al líquido ese de nombre extraño, a las vueltas bruscas que tuvimos que dar en el carro, o en general a la situación completa. Me da la impresión de que si vomito ahorita se me saldrá el corazón en alguna de las arcadas.

Llevamos varias cuadras manejando sin ningún otro altercado, pero sigo aferrada al cinturón y no tengo intenciones de dejarlo ir pronto; Patz parece estar de acuerdo conmigo. La criatura está escondida en mi regazo y se sujeta con sus garras a mi playera, tan fuerte que le ha hecho unos cuantos agujeritos. La pobrecita cosa respira muy rápido y mueve la cabecita frenéticamente.

—Me dijiste que a Itzel la estaban persiguiendo por creer que uno de tus maestros, superiores o lo que sea, se corrompió. Ahora dime una cosa, ¿por qué te persiguen a ti?

—Ya te lo dije, rompí varias reglas importantes cuando decidí seguir a Patz para buscarte, y puede ser que tomara algo prestado sin su consentimiento.

Me le quedo viendo, esperando que precise más sobre aquella última declaración, él pone los ojos en blanco y señala con el dedo la parte trasera del carro. Cuando volteo al asiento trasero suelto un grito más.

No hubiera pensado ser una de esas chicas escandalosas, pero gritar parece ser mi primera reacción por *default* en estas circunstancias: recostado de puerta a puerta, con los tobillos y las muñecas atadas, una cinta plateada rodeándole la cabeza y bloqueando su boca, está otro chico.

—¡Eres un secuestrador! ¿Qué rayos le hiciste? ¿En qué me estás metiendo? ¡Bájame, bájame ya!

Le empiezo a pegar en el brazo con las dos manos, lo que hace que se desvíe del camino y casi se suba al camellón. Esta vez gritamos juntos, y el bulto que está en la parte de atrás rueda hasta caerse del asiento. El pobre amigo se encuentra de verdad inconsciente, ni los gritos, ni los golpes lo despiertan, pero seguramente le dolerán mucho cuando recupere el conocimiento.

—¡Tranquilízate ya, por todos los infiernos! —Creo que ahora sí le he hecho enfadar. Se echa el cabello hacia atrás, secándose de paso el sudor de la frente—. Se llama Diego.

—¡Ah, no, bueno!, ¡Saber su nombre me hace sentir mucho mejor! —Respondo. Mis brazos se siguen agitando cerca de él, pero tengo el buen juicio de no volverlo a golpear. Lo último que me falta es acabar estrellada contra un poste en la banqueta.

—¡Nunca debí venir contigo! Oríllate, ¡yo me bajo aquí!

Para mi sorpresa hace exactamente lo que le digo. Mi cabeza impacta contra el vidrio del copiloto cuando él gira

el volante con brusquedad y se detiene en un lugar reservado para bomberos. Voltea a verme y quita el seguro de mi puerta.

—Salte, pues.

Lo dice despacio y tranquilo, casi retándome a que me enfrente a la oscuridad de la calle, a una avenida desierta que, honestamente, no estoy muy segura de en qué parte de la ciudad se encuentra, tengo una vaga idea de que estamos cerca del centro, pero siempre he sido muy mala para ubicarme. No tengo dinero, nada más el celular que se saca de la gabardina y me lo avienta. Pero lo tengo sin crédito, lo que significa que no puedo hacer llamada alguna. A mis padres siempre les ha exasperado lo desinteresada que soy cuando se trata de mi línea telefónica. Me han dicho cientos de veces que contrate un plan, pero siempre lo he visto como un gasto innecesario, a final de cuentas hay internet en casi todos lados, ni hablar del hecho de que estoy en pijama, con pantuflas y acosada por criaturas extrañas.

"Alicia, últimamente tus decisiones son muy cuestionables".

—No quiero. —Es lo único que respondo, cruzándome de brazos y sin darle el gusto de escucharme decir que era una mala idea, ni de pedirle favores. Ya estoy en pijama, no voy a dejar que me vea también rogando, existe un límite.

Suelta un resoplido exasperado y sigue conduciendo.

—Diego es una de las personas que están más cerca de Mateo —continúa—. Él puede saber algo sobre lo que descubrió Itzel.

—¿Quién es Mateo?

Estoy cada vez más mareada, a punto de vomitar mis entrañas en los asientos de tela. A menos, claro, que el chico de

negro sea lo suficientemente rápido para orillarse de nuevo o que baje a tiempo la ventanilla del carro. Tengo un nudo en la garganta provocado por las arcadas que me impide hablar y se abre la ventanilla, así que lo más fácil es sacar la cabeza como perro y dejar salir el contenido entero de mi estómago.

—Qué linda. Si ensuciaste cualquier parte del carro, y me refiero a cualquiera, aunque solamente sea un centímetro, lo vas a lavar tú —agita el dedo índice frente a mi nariz y lo aparto de un manotazo.

—Es tu culpa, así que mejor déjame en paz —respondo mientras me limpio la barbilla, regresando al asiento un poco asqueada de mí misma.

—En serio, eres mucho peor que Itzel —mueve la cabeza de un lado al otro con desaprobación, lo que me hace enojar todavía más—. Quisiera estar resolviendo esto con ella, en lugar de contigo.

Le suelto un resoplido de caballo, lleno de babas, restos de comida que no recuerdo haber ingerido, y kilos de desprecio.

—¿Quisieras estar resolviendo la desaparición de Itzel con... Itzel?

—Sabes a qué me refiero.

—Bueno, pues por dos, amigo. Créeme que yo también la prefiero a ella, tú me caes como patada en los...

De la nada frena y me estrello contra el tablero del automóvil, porque todavía no he alcanzado a ponerme el cinturón de seguridad de nuevo. Lo ha hecho con toda la intención del mundo. Le digo sus verdades, furiosa, intentando

amarrarme tan rápido como puedo, doy tirones violentos al cinturón que nada más logran atascarlo, y al final hago un berrinche desesperado que asusta a Patz. La criaturita brinca en mi regazo, se abre camino desde allí hasta la parte trasera del carro y se esconde en alguna esquina. No sé si los alebrijes son propensos a sufrir un infarto, pero si es así el pobre debe estar a un paso del colapso, se ha pasado la noche entera de sobresalto en sobresalto. Ya somos dos.

—¿Terminaste? —Pregunta el chico de negro después de unos minutos en silencio, sin dejar de mirar el camino.

—Por ahorita —contesto de mala gana. Se escucha un gemido, y el bulto llamado Diego se mueve un poco, pero no se despierta. Respiro profundo, me recuerdo que tengo que seguirle el rollo a este tipo, al menos hasta descubrir si realmente puede o no ayudarme a encontrar a mi amiga. La paciencia es una virtud, una patada en donde el sol no te ilumina, pero una virtud a final del día—. Bueno, ¿quién es Mateo?

—Mateo es el maestro del que Itzel sospechaba. El amigo Diego, aquí presente, es su aprendiz.

—¡Jesús!, Deja de hablar de esa manera, es como si estuviera metida en una película de *Star Wars.*

—Tus referencias son muy limitadas —me dice entre risas sarcásticas—. Necesitas empezar a leer algo más que esos *best-sellers* de la sección juvenil.

Se estaciona finalmente en un lugar prohibido, afuera de unos locales. Estamos, en efecto, en el centro de la ciudad. Si no me equivoco, aunque es muy factible que así lo haga, andamos sobre la Avenida Hidalgo. Aquí hay mucho más movimiento, gente que se dirige a los bares cercanos o que está saliendo de ellos, las calles aledañas se encuentran más transitadas y

el ruido de los cláxones y de los motores me pone nerviosa. Nos bajamos del carro y él, sin dar explicaciones, se acerca a tocar la puerta de una pizzería. Me le quedo viendo con las cejas alzadas y luego, por si las dudas, vuelvo a echarle una ojeada al letrero del lugar: Pizzería D' Lucca. Se queda parado con las manos en los bolsillos y yo me muerdo el interior de las mejillas; es bastante irritante la manera casual en la que hace cosas extrañas.

—¿Te dio hambre de repente, o qué?

Esboza una sonrisa, pero no me contesta nada. Esperamos durante unos segundos, vuelve a tocar la puerta con más fuerza y por fin, casi un minuto después, se escuchan unos pasos.

—¡Con una... son casi las tres de la mañana! ¿Pero qué...? Ah, claro, tenías que ser tú, ¿por qué no me sorprende?

Lo que abrió la puerta se dirige al chico de negro sin prestarme a mí ninguna atención, pero yo no puedo quitarle los ojos de encima. Es la primera vez que no me pongo a gritar como histérica, que no me hago hacia atrás o me echo a correr despavorida por la avenida. Quisiera decir que por fin he asumido la filosofía necesaria para fluir con lo que esta madrugada me depare, que soy buena para adaptarme a las circunstancias, pero lo cierto es que estoy en *shock* para soltar cualquier clase de sonido, petrificada para hacer cualquier movimiento, ni siquiera me acuerdo de cómo hacer funcionar mis cuerdas vocales.

Una nutria, con alas pequeñitas de color naranja y manchas azules, es una criatura de lo más normal en comparación con lo que está parado en el umbral de la pizzería: una cabeza de ocelote medio humanizada, sobre un cuerpo apenas erguido. Sus ojos no tienen pupilas, son nada más dos círculos blancos, grandes e hipnóticos; tiene extremidades peludas

que terminan en unas patas poderosas y garrudas; su pecho desnudo tiene forma de un torso cualquiera, pero es más alargado de lo usual y está recubierto con el pelaje moteado de animal. Una cola prolongada y gruesa que termina en una punta negra se asoma desde su espalda, como si quisiera desearme las buenas noches. La única pieza de ropa que trae encima son unos pants azul marino rotos en las rodillas y a lo largo de la pierna.

—Qué onda, Lázaro, ¿cómo estás? —Al chico de negro nada parece perturbarlo, con notoria excepción de los coyotes de hace rato.

—¿Y a ésta qué le pasa? —Lázaro adelanta la barbilla... ¿el hocico?... para señalarme a mí. Su voz es algo rarísimo, casi imposible de describir. Habría que imaginarse el sonido de un maullido formando una palabra. Algunas veces, cuando los gatos lanzan sus alaridos o empiezan a quejarse con sus dueños, parece que están diciendo "¡no!", o que gritan el nombre de "Raúl". Hay muchos videos en internet que muestran de lo que estoy hablando. Ese sonido es lo más aproximado que se me puede ocurrir, para comparar la manera en la que se comunica la criatura. El chico hace un ademán con la mano para restarme importancia.

—Ya sabes cómo son los nuevos, Lázaro —responde en tono ligero y con una sonrisa burlona, la única que parece saber esbozar—. Demasiado impresionables. Cada vez están peor, la verdad. ¿Podemos pasar?

El hombre ocelote mueve la cola con brusquedad. Suponiendo que su lenguaje corporal sea similar al de los gatos, y yo también tuve uno hace un par de años, nuestra presencia en la puerta de su negocio no le agrada demasiado.

—No he hecho nada malo —responde e incorpora su cuerpo de bestia, adoptando una postura defensiva—. No he salido de caza en meses, ni siquiera he ido a buscar chaneques.

—Relájate, Laz, hoy no tengo asuntos contigo. Tampoco he venido a revisar tu negocio —el chico de negro no se deja intimidar por los relucientes colmillos de felino, o las garras que se mueven con ansiedad a los costados del hombre ocelote—, pero voy a necesitar cobrarte el favor que me debes. ¿Te acuerdas de que me hice el menso con el tema de los caballos hace unos meses?

La criatura suelta lo que solamente puedo interpretar como un gruñido. A mí me recuerda al chillido de mi gato cuando sabía que iba a bañarlo.

—Vivían una existencia lamentable, tirando de calandrias todo el día...

—Uy, sí. Porque cada vez que soñaban con su vida ideal te veían a ti haciéndolos carnitas. "Libre soy, libre soy, compa Lázaro nos comerá". Hablando de carnitas, ¿ya se te olvidó la vez que no te cerré el changarro por vender muslitos de chupacabras?

—¿Chupacabras? Lo digo sin poder evitarlo, entre risitas nerviosas y escépticas. En el instante en el que el hombre ocelote pone los ojos en mí me tapo la boca con el puño y vuelvo a convertirme en un bloque de concreto.

—Están en peligro de extinción —contesta el chico de negro, apenas girándose para voltear a verme—. Ándale Lázaro, necesito un lugar donde montar base un rato.

Unos peatones caminan frente al local, platicando entre ellos como si nada. Parece que no han pasado a unos cuantos

centímetros de una criatura humanoide con cabeza de ocelote, que no le han escuchado soltar el gruñido de un depredador al que se le escapa la presa. Otro grupo de jóvenes camina del lado opuesto de la avenida, riéndose y hablando muy alto. Está mal iluminado, pero me parece que veo un par de cuernos sobre la cabeza de alguien, ¿ése de allí tiene los muslos cubiertos de pelo? O quizá está usando los pantalones más desafortunados del mundo, pasan debajo de la luz de un poste, y definitivamente hay una cornamenta de borrego cimarrón asomando entre el cabello rizado de un joven, y otro que camina sobre lo que parecen las patas de una chiva.

Lázaro sigue renegando, da coletazos furiosos al aire, pero al final el chico lo convence y se hace a un lado para dejar la puerta libre.

—Eres una espina enterrada en mi pata, que te quede bien claro —dice al fin y de alguna manera su desagrado también se refleja en el tono de su extraña voz—. Métanse antes de que cambie de opinión. A ti no te puedo hacer nada, pero la novata empieza a parecerme apetitosa.

"¿Ven lo que les digo? No tomen el *tlahuilli.* Quédense en su cama, por favor".

—Genial, nada más me falta traer a un amigo. Un favor más, ¿me ayudas a cargarlo hasta adentro?

—¡Eso no era parte del trato! —Grita Lázaro cuando ve a Diego en el asiento trasero, inconsciente y amarrado.

Los dos se pelean otro rato en la acera sin que nadie les haga demasiado caso, más allá de unas cuantas miradas curiosas. Al final la criatura accede, pero sólo después de que él le ofrece varios tratos. El paquete de compensación incluye:

una dotación de chaneques, lo que sea eso, por seis meses, pero sólo aquellos que estén cometiendo transgresiones severas de las normas de Bajo *Incanto*, omisión de las faltas de higiene que Lázaro comete a diario con sus clientes, regulares e *incantatems,* y dos botellas del mejor *tlahuilli* que le pueda conseguir con sus contactos.

Lázaro, por fin, se echa al hombro el cuerpo lánguido de Diego y lo mete en la pizzería sin dejar de renegar, alternando entre palabras reales y sonidos felinos. Yo sigo sin moverme de lugar, ni siquiera un solo milímetro. Me está gustando más ser la imitación de un poste de luz, que la tonta que decidió seguir a un loco rumbo al centro de la ciudad, de madrugada, a las puertas de un ocelote parlante.

El chico de negro me habla desde el marco de la puerta abierta.

—¿Te vas a quedar ahí o qué?

Me muerdo los labios, mientras asiento lentamente con la cabeza.

—Si me das la opción..., creo que yo te espero en el carro con Pátzcuaro, ¿en dónde se metió esa alimaña? —Me las arreglo para contestar, aunque me toma varios segundos de inútiles tartamudeos.

Hago el ademán de abrir la puerta del copiloto, sin embargo, se escucha un pitido y los seguros se ponen. Cuando volteo a verlo tiene el control de la alarma en la mano y todos sus dientes frontales al descubierto. Vuelve a reírse de mí.

—Vamos, Alicia, hay que encontrar a Itzel.

Patz se ha quedado escondido en el carro después de decidir que le genera más terror acabar como un tentempié de

madrugada que faltar a la orden, supuestamente dada por Itzel, de quedarse conmigo.

Parece haber descifrado las palabras clave que me hacen entrar en acción, incluso en las situaciones más anormales y peligrosas. Quién diría que en nombre de Itzel y de su búsqueda soy capaz de tomar pipí de tlacuache, suponiendo que el chico de negro no mentía, aceptar que me persiguen unos coyotes fantasmales y meterme en la pizzería de un hombre ocelote con un chico inconsciente colgando del hombro. Si al menos hubiera sido un hombre lobo, la cultura pop me habría preparado para recibir el impacto, con un atenuante de años y años de malas representaciones comerciales, pero no, me imagino que eso ya no está de moda, o que los mexicanos somos mucho más originales; así que decido seguir adelante con la madrugada más insana de toda mi existencia.

Si al final de esto no logramos encontrarte Itzel, yo también acabaré por hacer carnitas a alguien.

Lázaro, el nahual

—¿Qué es esa cosa?

Él se voltea abriendo los ojos a su máxima capacidad y me dirige una expresión con la que parece estarme preguntando a gritos: "¿Qué demonios estás pensando?". Se pone el índice sobre los labios bruscamente, en el gesto universal de "cállate la boca", luego se acerca a mí para decirme muy bajito, pero imprimiéndole suficiente gravedad para dejarme claro que, en efecto, soy una tonta:

—¡Sólo a ti se te ocurriría decirle "cosa", prácticamente a la cara! Si te escucha refiriéndote a él así te arrancará la cara de un zarpazo y nada de lo que yo diga o haga logrará evitarlo, ni siquiera una dotación de chaneques de por vida. Se estará limpiando la barbilla con tu playera para cuando te des cuenta del error.

—Lo siento... —Murmuro.

—Es un nahual —contesta igual de bajo—. Un hombre con la habilidad de convertirse en animal, en su caso un ocelote. Lo que estás viendo no es su transformación completa, aunque la mayoría de las noches se ve de esta manera. Por lo que más quieras, no le hagas enojar, y que no se te salga decirle "cosa", "animal", "eso", ni nada parecido, ni frente a él, ni a sus espaldas. Nunca ha tenido un carácter precisamente adorable, pero está de peor humor desde que el Departamento de Seguimiento a Teriomorfos restringió todavía más la cacería controlada.

—¿Cacería controlada?

—Hay que darles chance de vez en cuando, o se vuelven incluso más impulsivos y peligrosos. Los nuevos lineamientos, sin embargo, son demasiado estrictos. Ahora solamente les permiten atrapar subhumanos. Ya sabes, zombis, momias, parciales (como la mano peluda), ese tipo de seres. Para empeorar nuestra suerte, ahorita es temporada de veda. Laz debe estar aburrido hasta las almohadillas de sus patas traseras.

—¿Entonces técnicamente no puede comerme? —Pregunto con esperanza.

—Técnicamente no, pero serían mucho menos duros con él durante el juicio que si me comiera a mí, por ejemplo. Tú no formas parte del mundo Bajo *Incanto*, eres nada más una temporal, lo que te vuelve un blanco vulnerable. Los temporales son un punto difuso en las reglas. Yo no me arriesgaría si fuera tú.

—Está bien, ya dije que lo lamento —sé que no es la mejor de las ideas señalar lo irónico que resulta la sensibilidad de Lázaro después de hablar de comerse a otras criaturas,

o de comerme a mí, así que evado el comentario haciendo otra pregunta—. ¿Y qué es un chaneque?

—Son una especie de duendes, unos menos inofensivos que otros. Se le permite a los teriomorfos incluir a los peores en su dieta.

—Eso es horrible.

—¡Nah!, piensa que es como alimentar a una serpiente con ratoncitos —responde, encogiéndose de hombros.

—¡Eso también es horrible!

—Anda, normalita, no seas tan sensible, ya deja de parlotear, tenemos que encontrar la siguiente pista de Itzel lo antes posible. No me gustaría abusar de la hospitalidad de nuestro anfitrión.

Seguimos a Lázaro por el local, hasta llegar al patio trasero, a través de unas escaleras de caracol accedemos al lugar donde me imagino que vive, un apartamento de tamaño modesto.

Lázaro nos deja entrar sin mucho entusiasmo, su cola bamboleándose apática tras él. Arroja sobre el sillón de la sala el cuerpo de Diego y éste rebota en la dura superficie. Rueda hasta casi caer al piso de nuevo: al final queda con la mitad del cuerpo colgando en el aire, la otra mitad desparramada y chueca entre los cojines. Está bocabajo, babeando sobre la tela sucia del reposabrazos.

—Déjame adivinar, a él también le diste tu pócima mágica de saliva de duende y té de siete azares —lo apunto con la barbilla y me cruzo de brazos.

Mira a Diego, y esboza una expresión maliciosa.

—No, a él nada más le puse un trapo empapado con cloroformo en la nariz —no se necesita ser inteligente para saber que no le tiene mucho afecto a su compañero. Se encoge de hombros, con fingida inocencia—. Pero pensé que con tus padres debía mostrar un poco más de delicadeza. Estarán dormidos veinticuatro horas, por cierto, así que sería bueno que regresaras a tu casa antes.

Aparentemente mi expresión de horror le desconcierta. Parece muy orgulloso de la manera en que resolvió las cosas y me imagino que para alguien de su perfil debe ser un gran logro dejar inconsciente a una persona con un método que no involucre atacarle por la espalda.

—¿Cómo esperas que les explique la pérdida de un día entero?

Desestima mis preocupaciones con un movimiento de su brazo. Empiezo a preguntarme para qué pidió mi ayuda si de un modo u otro lo único que hace es restarle importancia a lo que digo.

—Ése es el problema de la Alicia del futuro, deja que ella lo resuelva. Ahora mismo tenemos asuntos más urgentes, ¿puedes prestarme tu celular de nuevo?

Mientras hablamos en la sala, Lázaro saca carne cruda del refrigerador y empieza a comérsela directo del *tupper,* ensartándola en su garra como si fuera una brocheta. Hago lo posible por seguir las instrucciones del chico de negro y no quedármele viendo, y de verdad, de verdad, intento con todas mis fuerzas evitar preguntarme qué habrá en el recipiente de plástico. Debe ser carne de res, o un cerdito cualquiera, sí, sí, quiero creer que es Babe el único en peligro en este apartamento. He estado mirándole de reojo dema-

siado, así que me obligo a concentrarme en cualquier otro punto de la habitación y desquito mi ansiedad contra los pellejitos de mis dedos pulgares.

—Les ofrecería algo de tomar o de comer, pero no quiero —declara, mientras se lame la sangre de una de sus patas. Siento de nuevo el vómito subiendo por mi garganta.

—No te preocupes, mi amigo, disfruta tu *snack*. Alicia —agradezco que me llame por mi nombre, porque estaba a punto de traicionarme a mí misma con una muy notoria mueca de asco y puede ser que hasta con un par de arcadas—, ¿puedes prestarme tu celular nuevamente?

Trago saliva antes de responder, tratando de sonar tranquila y no al borde de un nuevo ataque de nervios.

—Vaya, así que sí sabes pedir las cosas en lugar de arrebatarlas, después de invadir propiedad privada, por cierto.

Ni siquiera se molesta en contestar, nada más extiende la palma frente a mí para que deposite el teléfono sobre ella. Muy a regañadientes, desbloqueo el aparato y se lo entrego. Él abre exclusivamente las conversaciones que tuve con Itzel, sube y baja en el chat, buscando algo entre las letanías sobre películas nominadas al Óscar, la apariencia física de varias celebridades y los libros que nos recomendábamos la una a la otra, demasiados del género fantástico. Me queda claro que la vida está llena de ironías.

Mientras escanea el contenido de los mensajes, con los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada, Lázaro suelta un eructo muy humano. Luego, al vuelo, le corta la cabeza a un insecto que se arriesga a revolotear demasiado cerca de la carne fresca. Me acerco un poco más al chico de negro, no tanto para que me proteja, sino para asegurarme de que, en

el peor de los casos, tengo algo que empujar hacia el nahual para ganar tiempo de salir corriendo. Estúpido Pátzcuaro, en la seguridad del automóvil.

Pasa alrededor de media hora. El hombre ocelote está relamiendo, con su larga lengua de felino, los restos que quedaron en el fondo del recipiente y pestañea cada vez más seguido, sus ojos completamente blancos hacen que sea muy sencillo reconocer cuando parpadea. No tengo manera de saber si a los nahuales les puede dar el "mal del puerco", pero de ser así creo que volverá a dormir dentro de poco.

El chico de negro, por el contrario, se encuentra a cada minuto de peor humor, poco le falta para arrojar el celular contra la pared, cuando se da cuenta de que no existe ningún código, ni un mensaje secreto escondido en los textos que me mandó Itzel, ni entre los más recientes, ni tampoco en los que tienen hasta tres semanas de haber sido recibidos.

—Te dije que ella no me había dejado ninguna pista.

Ahora es mi turno de arrebatarle el celular de entre las manos, antes de que le gane el impulso. Quizá no conozco mucho al chico de negro, pero los de su perfil rara vez destacan por ser prudentes o pacientes. Me tumbo yo también en el sillón, dejándome caer sobre la espalda de Diego, quien sigue a medio sillón.

Es extraño, pero me siento decepcionada. Obviamente tenía esperanzas de que en verdad pudiésemos ayudar de algún modo a mi amiga. Sin embargo, la parte racional de mi cerebro ha estado entumecida, no muerta, y todo este tiempo estuvo esperando el duro golpe de vuelta a la realidad; la confirmación de que el chico de negro es una estafa. Quizá hasta el hombre ocelote no sea nada más que una muy elaborada alucinación, como las de Pedro Linares, o a lo mejor

es que los tres nos hemos vuelto locos y deberían internarnos a primera hora de la mañana en un manicomio.

El chico de negro, en cambio, no se quiere dar por vencido tan fácilmente.

—No está por escrito, pero eso no quiere decir que no te lo mencionara en algún momento —exclama al tiempo que camina en círculos por la diminuta sala.

—¿A qué te refieres?

—Puede ser que la clave esté escondida en una de sus conversaciones reales, no en tus mensajes.

—¿Estás pidiéndome que recuerde todas las conversaciones que Itzel y yo tuvimos en los últimos días antes de su desaparición?

Puede ser que él no se imagine lo que me está pidiendo, lo que realmente implicaría recordar eso, leí alguna vez que los hombres usan como diez mil palabras al día, las mujeres más del doble. Itzel y yo, con toda la seguridad y la facilidad del mundo, superamos eso por mucho cualquier día de la semana.

El chico, sencillamente, no está dispuesto a rendirse. Me hace preguntas sobre los temas acerca de los cuales discutimos los días previos a la desaparición. La mayoría son irrelevantes; la fiesta de cumpleaños de un primo, a la que quería que la acompañara; el diseño del tatuaje que esperaba hacerse cuando cumpliera veinte; las lecciones de música que no nos salían; el proyecto de arte que teníamos que completar...

—¡Espera! —Interrumpe. Su grito despierta a Lázaro, quien se ha dormido veinte minutos atrás. El hombre ocelote gruñe con fuerza y los bigotes se le erizan, aunque no se queja—. ¿Qué fue lo que dijiste?

—¿Teníamos que escribir un reporte de cuatro cuartillas sobre una obra de nuestra elección para la clase de arte? —Repito, no muy segura de a dónde quiere llegar con eso.

—Y dijiste que Itzel eligió...

—*El hombre en llamas,* de Orozco.

Se desborda de felicidad en medio de la sala, su entusiasmo es tal, que casi espero ver aparecer a Itzel por allí en cualquier momento, como si hubiéramos resuelto el mayor de los misterios y no únicamente la elección de mi compañera para un proyecto parcial, de una materia de relleno. Adelanto el cuerpo en el sillón, (o debería decir en la espalda de Diego), ansiosa por escuchar una explicación, incluso cuando ya entendí que él no es de los que se esfuerzan en contarte todo, ni de los que te ponen al corriente antes de darle marcha al plan.

—Ya sé a dónde tenemos que ir ahora —dice, y esta vez no hay ninguna decepción—. Lázaro, ¿puedes echarle un ojo y todas las garras a Diego en lo que volvemos?, Si despierta, ponlo a dormir de nuevo y procura no lastimarlo demasiado, lo necesito enterito todavía.

—No prometo nada —el nahual parece más bien aburrido con nosotros, lo que no es de extrañar para una criatura acostumbrada a salir por allí a cazar caballos y chaneques.

—¿Qué tiene de especial *El hombre en llamas* en esta situación? —Le pregunto cuando estamos de vuelta en el carro.

No me responde de inmediato. Creo que todavía está intentando descifrar el mejor modo de explicarme la complejidad de su mundo, tomando en cuenta que el tiempo es limitado y que lo que más apremia es encontrar a mi amiga. Quizás hasta me borre la memoria después de lograrlo, utilizando alguna de sus pócimas hechas con fluidos de criaturas mágicas y animales ordinarios, y ni valga la pena desperdiciar el aliento.

—Será mejor que esperes a que lleguemos para entenderlo. Hay cosas que necesitan verse primero.

—Llevo casi cuatro horas desbordadas de ese tipo de cosas —replico. Al escuchar mi voz, Patz sale de donde sea que estuviese escondido y se hace rosca en mi regazo. Me ve como pidiendo que le haga algún cariño, así que empiezo a rascarle abajo del mentón—, y ni siquiera me has dicho todavía quiénes son ustedes.

—Somos aprendices, todos los que viste en la fotografía —responde, sin darle muchas vueltas—. Cada uno en diferentes niveles. Tu amiga era de las más nuevas, recién llegada a la academia. Yo estoy muy cerca de completar mi entrenamiento. Eso suponiendo que no me eliminen después de esta noche.

No parece tan preocupado por esa opción como por la posibilidad de no volver a encontrar a Itzel.

—¿Entrenamiento para...?

—Has visto quizás un cinco por ciento de las cosas que se viven en Bajo *Incanto* —hace una pausa y ladea la cabeza hacia mí rápidamente, esperando que termine de armar sola el rompecabezas con las pocas piezas que me ha estado soltando. Casi puedo leer la palabra "lenta" en su cerebro. Pero

se contiene y continúa—. Con lo que has visto y escuchado, ¿crees que el orden y el equilibrio se mantienen solos?

Me echo a reír a carcajadas, lo que parece desconcertarlo un poco.

—Con lo que he visto y escuchado, no creo que exista nada parecido.

Jamás esperé que se tomara tan en serio mi comentario. Él, sin embargo, se muestra genuinamente herido. ¡Quién lo diría! el chico de negro también tiene sentimientos, por no mencionar un alto sentido de orgullo hacia lo que hace. Su rostro se contrae en una mueca y se calla durante un rato. Me imagino que está preguntándose si tiene sentido seguir cargando conmigo, ahora que le he dado la tercera pista que buscaba, o si ganaría más estirándose para abrir la puerta de copiloto y empujarme hacia el pavimento. Por si las dudas, me aferro al cinturón.

—Hacemos lo que podemos —contesta en un gruñido, sorprendentemente parecido a los de Lázaro—. Piensa en tu sistema policiaco promedio. No somos tan diferentes; corrupción, sobornos, abusos de poder. La ambición está en todos lados. Pero te aseguro que, si no fuera por nosotros, los nahuales andarían por ahí arrancando cabezas al azar, los chaneques robarían bebés cada día y habría tres o cuatro veces más sacrificios para mantener en movimiento a Tonatiuh, el dios del Quinto Sol.

—Lo lamento, supongo que tienes razón —muevo la cabeza en señal de comprensión. Creo que me estoy volviendo buena en esto de vivir con filosofía y de seguirle la corriente. Si hay hombres ocelote, ¿por qué no habría todavía, en pleno siglo XXI, sacrificios a Tonatiuh? Se me pone la piel de gallina imaginándolo, personas ofreciendo su sangre con el

propósito de darle la fuerza para seguir cruzando los cielos y evitar el fin de la quinta era, el apocalipsis.

—Itzel es mi responsabilidad de alguna manera —continúa, un poco menos apático después de la disculpa—. No soy exactamente su maestro, pero estoy a cargo de guiarla. Cuando vino a decirme que sospechaba de Mateo no le hice mucho caso. Los novatos siempre están sobre estimulados y ven conspiraciones, monstruos y armagedones hasta en la sopa.

"¿El chico de negro se siente culpable de lo que te sucedió, Itzel? Vaya, yo habría apostado que lo que más le motivaba para encontrarte era averiguar lo que sabes sobre el tal Mateo, poner sus manos en la información y hacer algo al respecto."

No dudé de que fueran amigos, o al menos conocidos, a juzgar por las fotografías que guarda en su teléfono, pero hasta este momento me ha dado la impresión de actuar por razones más pragmáticas que emocionales. A lo mejor no le he dado el suficiente crédito. Después de este último viaje, ahora sé que al chico le importa mucho su trabajo, si es que puede llamársele así a lo que hacen en esa especie de secta en la que están metidos, pero que le importa más proteger y ayudar a una compañera, incluso si eso implica que lo saquen del club para siempre.

"Sí que sabes guardar tus secretos, Itzel. Y yo que pensaba que lo único que te quedabas para ti misma era la receta de tu humectante casero de cabello."

El hombre en llamas

Hemos llegado a la explanada del Instituto Cultural Cabañas. Mientras caminamos en dirección a la entrada, escucho unas risitas, unos murmullos y lo que me parece una especie de rechinido metálico. Miro alrededor, pero no veo a ninguna persona. En la explanada solamente estamos nosotros dos. Sigo avanzando y oigo pisadas que resuenan como si un robot un poco oxidado se paseara por aquí cerca, estirando las piernas con crujidos metálicos, luego me llega algo que interpreto como un cántico, varias voces entremezcladas, recitando algo en una melodía suave, ligera e hipnótica. Antes de darme cuenta de lo que hago estoy avanzando, siguiendo el camino que me marca ese sonido. Las palabras no las reconozco, pero no importa, me tienen atrapada como si fuera una tira de miel y yo una hormiga.

Los movimientos crujientes se han convertido en pasitos rápidos. Las risas son infantiles, marcadas por un timbre metálico. Suenan igual que campanitas mecidas por un viento

amigable. Unas formas difusas del color del cobre bailan en torno a mí; hay cuatro de ellas, dando vueltas en su propio eje y alrededor, como las tacitas de té de los parques de diversiones. Siento una manita helada que me sostiene los dedos de la mano derecha. Cuando bajo la mirada veo a un niño, no de carne y hueso, más bien parece hecho de algún metal.

El pequeño suelta una risa simpática. Más campanitas llenan el aire y me recuerda a los móviles que mi abuela cuelga en el techo del jardín. Es un sonido agradable.

Dejo que él y otros cuatro chiquillos me lleven hasta la "Sala de los Magos", donde están reunidos los Magos Universales; una serie de esculturas de bronce que, al igual que los pequeños, forman al acercarme un semicírculo alrededor de mí. Son ellos quienes están recitando una letanía, en una melodía suave y ligera, como notas de un perfume floral, discreto pero poderoso.

Hay una figura con forma de silla, bastante particular: sus patas delanteras son dos brazos, con manos esculpidas con gran realismo, y las traseras un par de piernas. La izquierda, por cierto, ha perdido su zapato, ¿o es la derecha? No me siento yo misma, es como si hubiese flotado hasta aterrizar a la mitad de un pantano, lleno de neblina y confusión. El aire está viciado y caliente y la melodía me arrulla.

El extraño asiento se mueve hasta colocarse a mis espaldas. Me invita a sentarme, golpeando suavemente la parte trasera de mis rodillas con su fría superficie. Del respaldo le salen unas orejas enormes, que mueve de adelante y atrás cual paquidermo, y un par de ojos sin pupilas parpadean en el centro.

Frente a mí se colocan las tres esculturas más grandes, mirándome fijamente. La que supera en altura al resto se inclina para analizarme de cerca, doblando su colosal y delgado

cuerpo con el crujido del metal. Posee unos brazos que son más bien dos ramas, extiende el derecho para tocar mi mejilla tímidamente. Hay otro por ahí con un gorrito triangular en la cabeza, cuyas extremidades son alargadas y onduladas como una serpentina. Tiene cuatro piernas con zapatitos que terminan en una punta curveada, parecidos a los de un bufón. Otro más se apoya en unas pequeñas ruedas que tiene en lugar de patas traseras para dar vueltitas alrededor de la sala. A mí me da la impresión de encontrarme en medio de una pintura de Remedios Varo.

—¡No, no, no! —El chico de negro se acerca corriendo. Estoy vagamente consciente de que les habla en un idioma tan lleno de crujidos, como el sonido de sus movimientos.

Se planta en medio de la "Sala de los Magos", dialogando con vehemencia con las esculturas. La más alta parece no aceptar lo que le dicen, mientras las figuras cierran el círculo en torno al chico de negro, amenazantes; la que tiene las extremidades alargadas y curveadas ha empezado a enrollar una de éstas alrededor de su cintura, pero él suelta una serie de palabras rápidas, en una tonada parecida a la que me atrajo a ellas en primer lugar, y el concilio de magos de bronce se dispersa.

El asiento con las orejas enormes y los ojos grabados en el respaldo se agita bruscamente en un arranque de cólera, "¿cómo osáis interrumpir nuestro concilio?", parece querer decirle. Dobla uno de sus brazos delanteros hacia arriba y me sujeta por la muñeca con su mano dura y fría. Tira de mí con fuerza para librarse de mi cuerpo, luego se va junto con el resto de las esculturas, visiblemente indignadas.

Poco a poco vuelvo en mí, aunque el chico de negro tiene que zarandearme varias veces y darme unas suaves cachetadas. Por algún motivo tengo en la nariz el olor de un

montón de perfumes empalagosos, la esencia de fragancias frutales y de varias especias. Arrugo la nariz y le devuelvo al chico de negro la cachetada, aunque no con la misma delicadeza.

—¿Qué te pasa?

—¡Auch! Bonita forma de agradecerme por salvarte de los Magos Universales.

—¿Qué? —Tal vez tenga razón en eso de que debo comenzar a leer más libros y ampliar un poco mi capacidad de expresión—. ¿Cuáles magos?

Adelanta la barbilla para señalar las estatuas, que se siguen moviendo a lo lejos. Me parece que se están reorganizando. Al verlas recupero la consciencia de lo sucedido, aunque sin quitarme de encima la sensación de haber estado en un lugar diferente, en un escenario ubicado a kilómetros de distancia, probablemente en una dimensión distinta, una más a tono con el estilo surrealista de los cuadros de Remedios Varo. A lo mejor a ella también la atraparon un rato los Magos Universales en su propia "Sala de los Magos".

—Olvidé que hoy es el segundo domingo del mes. No te distraigas. Ellos no te comerán como el nahual, pero harán de tu mente un pantano, y los *niños meones* volverán a entregarte a sus rituales con gusto. Esos mocosos nada más se despiertan para causar problemas y robar la paletería que está enfrente de su fuente.

Me pregunto si ha utilizado la comparación del pantano a propósito, o si es nada más una coincidencia. Recuerdo la fuente de la que está hablando y reconozco a los cuatro niños que bailaban conmigo en el centro: son los niños traviesos de la fuente que está en el Callejón del Diablo, vaya

nombre más oportuno para referirse al paseo que recorre varios kilómetros del centro de la ciudad. Esa zona la ubico bien, especialmente, por la paletería en la que Itzel y yo hemos comprado unos conos de nieve gigantescos.

La mayoría de la gente se refiere a ellos como los *niños meones,* aunque nada más uno de ellos arroja agua de esa manera, como si se encontrara orinando, los demás la escupen, o sostienen cosas que lanzan el agua al centro de la fuente, pero todos acabaron por ganarse el terrible título. Me imagino los pedestales vacíos, las macetas y la reja cercando cuatro bloques sobre los cuales no se sostiene nada, porque los niños han decidido brincarla para salirse a jugar a otro lado, corretear en la explanada del Instituto, cantar y reír con sus voces de campana y, de paso, ayudarle a los Magos Universales a hacerse de sus víctimas.

Le ofrezco al chico de negro otra disculpa por la bofetada, aunque muy en el fondo no estoy tan arrepentida de habérsela dado: la tenía ganada desde hace rato. No me quita los ojos de encima hasta que hemos cruzado el resto de la explanada. Supongo que piensa que soy una presa fácil y tentadora para las criaturas que rodean el Instituto.

Al acercarnos a la entrada me doy cuenta de que hay alguien ahí parado. Bamboleándose sobre sus pies con impaciencia, aparentemente nos está esperando. Más que *alguien,* debería decir algo, porque al llegar puedo verle bien las facciones: mide menos de un metro de altura, lleva puesto una especie de traje gris, abotonado hasta donde debería encontrarse su cuello, pero en lugar de eso empieza directamente la cabeza, una forma redonda demasiado grande para el resto de su cuerpo. Tiene una barba espesa que le rodea la mitad del rostro, en contraste con la calva que es su cráneo. La piel descubierta es rosita y rugosa, como la de un puerquito. Un cinturón grueso y rojo le rodea la panza, que por

más voluptuosa que sea no alcanza a proporcionar la enormidad de su parte superior.

—¡Buenos días! —Su voz es un chillido irritante, lleno de alegría y de emoción ante la vida. ¿Nadie le ha dicho a este ser que son las cuatro de la mañana del domingo?

—Hola, Pepe Chuy. Gracias por contestar mi mensaje a esta hora.

No voy a decir nada, juro que no voy a mencionarlo, al menos no todavía. Esta cosa no tiene pinta de arrancarme ni siquiera un dedo, pero ¿para qué arriesgarse?

—¡Sí, sí! ¡El mensaje, sí! —La criatura saca un celular de uno de los bolsillos de su trajecito y lo agita muy feliz. El dispositivo se ve enorme en su diminuta mano rosada. Se mueve dando saltitos hacia el frente, aparentemente incapaz de estarse quieto ni un segundo—. Pasen, pasen, por favor. Tendrán una hora sólo para ustedes. ¿Necesitan algo más? Puedo llevarlos hasta allí, si gustan.

—No te preocupes, no es la primera vez que lo visito. Sé bien cómo llegar —responde el chico de negro—. De nuevo, te lo agradezco mucho. Te debo una.

—¡Es un placer ayudar en lo que pueda, sí que sí! ¡Disfruten su visita! —Cierra la puerta tras nosotros, se guarda las llaves en otro de sus múltiples bolsillos, y se aleja en dirección a un pasillo distinto, trotando como una liebre en la pradera.

—¿Pepe Chuy? ¿Es real? —Me le quedo viendo a la criatura hasta que desaparece en una esquina, sin poder evitar mover la cabeza de un lado al otro. No me había dado cuenta de lo mucho que desapruebo tanta felicidad a mitad de la

madrugada; a decir verdad, creo que no aprecio tanta felicidad a ninguna hora del día. Nadie puede estar así de contento.

—Los gnomos tienen nombres reales demasiado complicados. El suyo es Gelitrushkinsten, o algo por el estilo, así que todos le decimos Pepe Chuy.

—Ustedes tienen serios problemas mentales.

—Eso, Alicia, es completamente correcto —afirma, casi con orgullo—. Estás en tu propio agujero de conejo, y será mejor que empieces a aceptar y abrazar lo extraño porque se va a poner peor.

—¿Cuánto tiempo estuviste queriendo meter en algún lado esa referencia? —Pregunto con una sonrisa de oreja a oreja, mientras caminamos por los patios y pasillos vacíos del Instituto—. No puedo creer que me regañaras a mí por carecer de material más original.

—Cuando encontremos a Itzel lo primero que voy a preguntarle, antes incluso de lo de Mateo, es por qué rayos le caes bien.

—Yo pensé que los gnomos pertenecían a la mitología europea.

—¿Ahora eres xenófoba? Aquí no discriminamos a nadie, Alicia —responde en tono afable—. Bajo *Incanto* es global, y todos los *incantatems* son habitantes del mundo. Además, los gnomos hacen un excelente trabajo administrativo en puestos gubernamentales.

—Ándale pues —su argumento es indiscutible; hay que seguir girando la bola, tirando del hilo negro o, para continuar con la referencia cliché a mi nombre, ver qué tan profunda es la madriguera del conejo.

Llegamos a la cúpula de *El hombre en llamas,* de José Clemente Orozco. Es uno de los murales más asombrosos. Ya lo he visto antes, en una visita escolar. Siento que han pasado décadas desde entonces, aunque yo ni siquiera he vivido tanto tiempo.

Al igual que la primera vez, me quedo embelesada mirando hacia arriba; los diversos matices de rojo intenso en las llamas que rodean la figura en el centro, los individuos grises que la enmarcan con sus cuerpos. Es una imagen llena de movimiento. Parecería mucho más profunda en dimensiones de lo que es realmente; *El hombre en llamas* elevándose más allá de la cúpula del Instituto Cultural, su cabeza rozando las nubes. Al mismo tiempo puedo sentir como si la imagen girara sobre sí misma, muy despacio, llevándome consigo hacia su centro, arrastrándome con un magnetismo inquebrantable.

El hombre en llamas, símbolo de la barbarie humana, de la corrupción y las injusticias; o quizá también, una admirable representación del mito de Prometeo. Sin importar cuál sea su interpretación más exacta, seguirá sobre nuestras cabezas, recordándonos lo pequeños y vulnerables que somos, apelando a nuestros pecados más ocultos, a nuestros vicios y temores.

—Se está moviendo —he tardado varios instantes en darme cuenta de que esta vez no es tan sólo el efecto de la pintura: la imagen realmente ha cobrado movimiento frente a nuestros ojos.

Las llamas alrededor de la figura central suben y bajan, brillan un poco y luego se apagan. Los hombres al borde de la pintura dan vueltas, estiran más los brazos, parpadean lentamente. El cielo rojo parece desangrarse, los dedos de *El hombre en llamas* se doblan ligeramente, mientras la rodilla se flexiona.

—¿En Bajo *Incanto* las pinturas también cobran vida? —Pregunto sin bajar la mirada. Es lo más hermoso que he visto, más increíble que el concilio de los Magos Universales.

Creo que puedo escuchar el crepitar del fuego, aunque reconozco que eso podría ser mi imaginación solamente. Veo cómo se doblan los pliegues en las vestimentas de los humanos que están al borde, cómo abren y cierran las bocas en gritos mudos. Los colores se saturan, luego regresan a la normalidad. El hombre al centro respira fuego.

—No todas las pinturas —contesta el chico de negro—. Es algo inusual, incluso para nosotros.

Él también se halla mirando hacia arriba, y aparece en su rostro una expresión que no he visto antes: solemnidad y respeto ante aquella obra.

—¿Por qué Itzel nos guio hasta aquí?

Se aclara la garganta.

—Es algo que yo le dije una vez. La verdad ni siquiera recordaba haberle hablado de esto —responde, desviando la mirada para clavarla en mí. Hace mucho tiempo, en los años inmediatos a la creación del mural, algunos llegaron a utilizarlo para esconder en él sus mensajes. No era muy común, y lo hacían más que nada los amantes.

Frunzo el ceño, retornando la vista a las llamas que se retuercen sobre mi cabeza. La única figura cuyo rostro es visible en la pintura nos observa desde las alturas.

—¿Cómo funciona eso?

Busco alguna señal de palabras ocultas entre los difuminados, frases formándose en medio de las llamas, algo que se mueva al mismo tiempo que las pinceladas, o una pista detrás de las pupilas en la cara gris azulada de esa figura lateral que, algunos piensan, representa a un sacerdote.

—El mensaje se quema con un cerillo —explica—. Justo aquí, debajo de la cúpula. Hay que pronunciar un hechizo sencillo, dejar que el humo ascienda y se mezcle con el fuego de allá arriba, hasta que él lo aspire. Solamente él podrá restaurarlo, cuando se pronuncien las palabras correctas, sobre el símbolo indicado.

Ya sé lo que están pensando, pero no, ésta es la clase de cosas que nunca se deberían intentar y lo que narro aquí no es un tutorial de magia, así que ahórrenselo o lo único que conseguirán es que los metan en la cárcel.

El chico de negro se saca de uno de los bolsillos de la gabardina una cajita transparente con varios gises blancos, se inclina sobre el piso, justo bajo el centro de la cúpula, dibuja un sencillo triángulo, sorprendentemente equilátero y con un pulso casi perfecto. Se coloca dentro de la figura, parado a la mitad.

—El triángulo es el símbolo alquímico del fuego —explica. Luego mira hacia arriba, y recita las palabras:

> Lo que con fuego ha sido destruido,
> en humo negro que se ha disipado,
> al exhalarse se transforme de nuevo,
> traiga de vuelta el mensaje anhelado.

No sé exactamente qué estoy esperando. Creo que una bola de fuego, bajando desde lo alto de la cúpula, allí donde la cabeza de *El hombre en llamas* puede ver un mundo que no

está a nuestro alcance. Un meteorito descendiendo con la fuerza que le otorgan los elementos; la tierra de su composición, las llamas que lo envuelven, el aire a través del que se abre paso. Al menos un destello de luz enceguecedor como preludio de la revelación.

Lo que sucede es más bien decepcionante: una hoja de papel cae con suavidad, tan natural como si alguien la hubiera arrojado. No es una hoja en llamas que se apagan solas para dejar atrás un pergamino intacto, ni siquiera parece un papel particularmente especial. Los dos nos quedamos viendo el mensaje, que ha caído frente a nuestros pies bocabajo. Después de pronunciar las palabras, el triángulo hecho con gis se ha desvanecido. Él me dirige un fugaz vistazo, antes de adelantarse para levantar la hoja del piso.

—¿Qué dice? —Pregunto, acercándome para echarle también una ojeada por encima de su hombro—. ¿Instrucciones para prevenir el fin del mundo?

Ladea la cabeza para dirigirme una expresión de irritación y pone los ojos en blanco.

—No seas tan dramática. El mensaje todavía no se enfría lo suficiente.

Empujo su brazo para poder asomarme por encima de él y ver la superficie del papel rellenarse lentamente de una caligrafía cursiva, pulida y demasiado perfecta para provenir de la mano de Itzel. Al final, la hoja no me ha decepcionado tanto. Me recuerda a las tintas mágicas que usaba en la primaria, las que tenías que soplarles y calentarlas con el aliento para que se revelaran poco a poco.

Está escrita en un dialecto que no puedo reconocer, pero el chico de negro sí. Empieza a leer con cuidado. Primero

adopta una mueca confundida, las cejas tan fruncidas que parece que se quieren abrazar, lo que no sería imposible porque las tiene algo pobladas, los labios torcidos hacia la derecha. Luego abre los ojos como balones y se acerca más el papel a la cara, tanto que su nariz casi roza la tinta. Vuelve a leer la carta, una y otra vez. A su rostro le está sucediendo el efecto contrario: pierde y pierde coloración con cada lectura.

—¿Qué dice? —Me desespera no poder comprender ni una palabra. Creo que está escrita en una lengua indígena, sin embargo, no tengo idea de cuál es, ni qué significa.

No me hace caso alguno. Empieza a pasearse alrededor del recinto, con el papel entre los dedos. Mueve la cabeza de arriba abajo, ligeramente, ahora sus labios están formando las palabras en silencio. Tras varios minutos así, al fin dobla la carta con cuidado y se la guarda en la gabardina, se sacude restos de gis de las manos, echa hacia atrás el cabello que se le ha venido a la frente, y luego las mete en los bolsillos frontales. Sigue moviendo la cabeza, como uno de esos muñequitos que se ponen en el tablero de los automóviles. Clava la mirada en mí, los labios apretados de una manera que indica que las noticias no pueden ser muy buenas.

—Oh, bueno. Parece que tienes razón, Alicia —exclama—. Después de todo, se trata del fin del mundo.

Kisín, El Maligno

Son las cinco de la mañana del domingo. Diego está sentado en una silla, en el comedor de Lázaro. Al principio me imagino la escena como algo extremadamente salvaje y sangriento. ¿Cómo más iba a visualizar un interrogatorio presidido por el chico de negro y un nahual ocelote? Resulta que no es necesario presionarlo mucho. La visión de las largas garras, que todavía tienen un poco de sangre desde el *snack* de la madrugada, la lengua de gato relamiéndose los colmillos y el ronroneo impaciente, bastan para aflojarlo. Diego está en el mismo nivel que el chico de negro en su "academia de lo supernatural", como he decidido llamarla. Al menos eso es lo que yo entiendo, así que debe saber bastante bien lo que es un nahual y el malhumor que lo caracteriza. Nada más para dejarlo claro, el chico de negro coloca una silla frente a él y se sienta en la orilla, adelantando el cuerpo para que sus rostros queden palmo a palmo.

—Mira, Diego, la cosa está así —empieza, hablando despacio—, en la academia seguro ya saben todos que estás conmigo. Si no fuera así, Michelle no se hubiera molestado en invocar a los coyotes para lanzármelos encima. Yo pensé que habías roto con ella, por cierto.

—Lo hice —contesta Diego. Una vez más, hay que empezar por aclarar lo importante, como yo con los cigarros en el tanque del baño. Creo que pertenecen a mi padre, a todo esto.

—Bueno... pues deberías volver con ella, no tienes idea de lo que se está esforzando por recuperarte. Hizo tan bien el conjuro de los coyotes que le dejaron varias abolladuras a mi carro —responde el chico de negro.

Pongo los ojos en blanco y hago una trompetilla.

—¿Quieren que les traiga algo de tomar?

Me voltean a ver, parpadeando muy rápido. Parece que han recordado súbitamente que yo también me encuentro en el departamento.

—La normalita es muy impaciente —exclama Diego, esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

Lázaro, parado detrás de la silla del chico de negro, gruñe y rechina las uñas contra la superficie metálica de la mesa del comedor.

—Yo también —dice entre dientes, con los grandes ojos clavados en el rostro de Diego.

Él aprieta la mandíbula y se hace para atrás tanto como puede en el asiento. La reacción de cachorrito asustado le provoca al nahual una notoria satisfacción. Una vez más,

considero la posibilidad de que mi mente me esté jugando malas pasadas, pero creo que en las últimas horas Lázaro ha perdido algo de su pelaje y camina un poco más erguido. Su apatía y ferocidad, en cambio, no han variado ni un ápice.

—Cuando dices que estoy contigo, ¿te refieres a amarrado e inconsciente en el asiento trasero?

—Exactamente —es ahora el chico de negro, quien le enseña a Diego todos los dientes—. Qué bueno que estemos en el mismo canal, ¿te parece si vamos al grano? Te voy a hacer una pregunta y una nada más. Tú me la vas a contestar correctamente, porque si me mientes, y eres perfectamente consciente de que yo lo sabré, voy a dejar que Lázaro te desaparezca del mapa.

—Cuando acabe contigo, pedazo de *kuitlatl*, no van a quedar ni tus huesos —añade entre gruñidos Lázaro.

—Es cierto, a Laz no le gusta desperdiciar nada. Es muy ecológico.

—Como me vuelvas a decir Laz...

—¡Ea!, Tranquilo, viejo —el chico de negro extiende ambas manos frente al cuerpo del hombre ocelote. Yo meneo la cabeza de un lado al otro, preguntándome en qué estaba pensando Itzel cuando le confió la tarea de impedir el fin del mundo a una nutria alada, a este pazguato y a mí—. Canaliza tu ira interna a él.

Señala a Diego con el dedo y éste se inclina hacia delante un poco.

—Cuando te encuentren vas a tener muchos problemas —le dice, entrecerrando los ojos con malicia—. Espero que todo

esto haya valido la pena, porque te has garantizado la expulsión de la academia esta noche.

—¿Te refieres a evitar que se cumpla el pacto que Mateo hizo con Kisín? Kisín, ya sabes, el dios de la Muerte, regente del Inframundo, el Señor de lo Maligno. También le llaman El Pedorro, claro, pero eso se debe a una desafortunada traducción para señalar los gases putrefactos que emanan de su cuerpo, ¿o serán acaso ciertas las leyendas de su amor por los frijoles caseros? Son un poco raras estas historias de los dioses prehispánicos, uno no sabe muy bien a qué atenerse. ¿Sabes acaso lo que le prometió tu maestro?

—Claro que lo sé —responde Diego con solemnidad. No hay un ápice de duda en su rostro, está tan serio y rígido como la superficie en la que Lázaro se afila las uñas al momento—. Yo mismo le ayudé a encontrar a Kisín en las *mulsay*, las puertas secretas del Inframundo. Casi muero por la picadura de los insectos que emergieron del hormiguero, pero él me salvó, llegó a mí en la forma de una serpiente negra y me mordió en el brazo para chuparme el veneno de mis heridas. Estoy en deuda con él, y si fueras más listo, tú también le demostrarías tu respeto.

—Kisín va a provocar un terremoto al atardecer —el chico de negro deja de lado las bromas estúpidas y por fin se decide a ir al grano—. ¿Eso es lo que quiere tu maestro? ¿Un genocidio?

Recuerdo la hoja que Itzel escondió en *El hombre en llamas.* No era una carta, sino un contrato que establecía las reglas entre el pacto que Mateo creó con el ser del que ellos hablan: Kisín. No era así como se sellaban los tratos entre un dios y un chamán en la era prehispánica, pero bueno, los tiempos cambian, aunque una cosa permanece constante: los sacrificios humanos, la sangre y las almas, las torturas, las masacres. Las viejas historias se repiten.

Y él me llamaba a mí dramática.

—El genocidio es necesario. El terremoto de Kisín será únicamente el comienzo —responde Diego, y en sus ojos alargados aparece un brillo de emoción. Miren eso, tenía razón cuando pensé que sonaban como una especie de secta—. ¿Tienes idea de lo que se puede desencadenar con unas cuantas sacudidas a la Tierra? Gases tóxicos bajo capas de hielo en el Ártico, volcanes dormidos que finalmente serán activados, maremotos que cambiarán la topografía de los continentes, será un proceso selectivo. Ha llegado el momento de evolucionar, de transformarnos en una raza superior. Nosotros sobreviviremos a todas las etapas de la purga, si no en este cuerpo lo haremos en uno más fuerte. Somos seres superiores, no hay duda al respecto. Mateo y yo no estamos solos en esta campaña, ni somos los únicos que piensan que es momento de limpiar la Tierra de su escoria.

El chico de negro se yergue en el asiento, alarmado.

—¿Quiénes más saben de esto?

Diego se echa a reír con fuerza. Solamente cuando Lázaro pone el hocico a un centímetro de su cara y exhibe la larga hilera de colmillos, como el gato de Cheshire, se le pasa un poco la felicidad. Pero ni el nahual es capaz de borrarle la sonrisa por completo: Diego es un verdadero fanático, morirá creyendo que tiene razón y que sus planes radicales están justificados.

—Demasiados. Es una misión que lleva tiempo gestándose, y ni tú, ni Itzel o tus amigos lograrán detener a Mateo.

—¿Dónde está Itzel? —El chico de negro saca una daga de su gabardina.

Cuando me lo imaginé como uno de esos personajes de las caricaturas que se abren el abrigo y tienen más bolsillos que tela, llenos de chunches de todo tipo, no estaba tan equivocada. Supongo que tampoco erré al pensar que las cosas podían ponerse feas.

La hoja de la daga se mueve frente a las narices de Diego, reluciendo casi con brillo propio, está perfectamente afilada y empieza a reducir, peligrosamente, la distancia que separa su punta del cuello de su enemigo. El cuerpo se me pone tenso nada más de mirar la escena, no me interesa ser parte de carnicería alguna, así que recojo a Pátzcuaro del cojín en el que antes estaba la cara inconsciente y babeante de Diego, lo acomodo entre mis brazos y me propongo abandonar el apartamento. Si alguien me busca, estaré comiendo sobras de pizza en la parte de abajo, esperando pacientemente el terremoto que acabará con la última era del hombre. Adiós, Tonatiuh, dios del Quinto Sol. Sayonara mundo Bajo *Incanto*, adiós mundo Sobre *Incanto*, y lo que sea que exista en medio de esos dos.

—Itzel está muerta.

Me quedo parada a un par de pasos de la puerta y allí permanezco, con los ojos clavados en el negro aluminio. Hay un breve silencio en el apartamento. Incluso Lázaro deja de emitir cualquier sonido.

—Mientes —es la respuesta del chico de negro, por supuesto.

—Tú dijiste que sabrías si lo hacía —responde Diego, con suavidad—. Mírame detenidamente y dime que estoy ocultándote la verdad.

Yo sigo sin girar el cuerpo. Mis pies están firmemente clavados a los mosaicos del piso. Ni siquiera quiero desviar mi

mirada de la puerta. Sin embargo, en el nuevo silencio que se genera escucho la respuesta del chico de negro. Aprieto a Patz contra mi pecho, y eso me da un poco de calor.

—Itzel robó algo que le pertenecía a Mateo, algo importante —continúa explicando Diego. Ahora es él quien dirige el interrogatorio—. Me imagino que ya sabes de qué estoy hablando. Mateo se encargó de ella, pero no logró sacarle la información. Sin importar cuánto la torturó, Itzel jamás le dijo en dónde había escondido el contrato y cuando se convenció de que no hablaría, bueno, no tenía sentido dejarla atrapada en el Mundo Espectral para siempre. Deberías estar orgulloso, lo que le enseñaste lo aprendió bien. No perdió la actitud desafiante, ni siquiera cuando Mateo liberó a los coyotes negros encima de ella.

Es todo lo que necesito escuchar. Lo que el chico haga con él, a mí ya no me importa. Patz y yo salimos hechos una estampida, bajamos de dos en dos las escaleras de caracol, entonces el pie se me atora en los últimos escalones y caigo rodando, raspándome los brazos por proteger al alebrije. Me pongo de pie y reviso que la pequeña nutria anaranjada se encuentre bien. Agita sus alitas con ansiedad y ahora me queda claro que cuando Itzel lo mandó a buscar al chico de negro, y luego a buscarme a mí, ella ya sabía que iba a morir, pero eso tuvo que ser, a lo mucho, tres días atrás. Debió haber estado ocultándose primero, sin saber muy bien en quién confiar; luego sembrando sus pistas en el tiempo que le quedaba antes de que Mateo y sus seguidores la encontraran y la encerraran en ese Mundo Espectral.

Ya que más da, el juego se ha acabado, y nosotros perdimos. La búsqueda de Itzel era, en realidad, la búsqueda del documento, pero eso tampoco tiene mucha relevancia. Estaba fechado al atardecer del día de hoy, y el sol ya empieza a despuntar por última vez en el horizonte. Buenos días, ciuda-

danos de Guadalajara y del mundo entero, disfruten el día del Juicio Final. Al menos cayó en domingo.

Encuentro, en una mesa, en la cocina, unas cajas de pizza que no se vendieron la noche pasada. Está fría y dura, por supuesto, pero no me molesto en calentarla, ¿para qué? Le doy un trozo de salami a Patz, que se muerde la cola sobre la superficie de una mesa para cuatro, en un local vacío que tal vez nunca vuelva a llenarse. Lo toma con sus dos patitas y empieza a engullirlo a gran velocidad. Me mira agradecido, esperando que le suelte otro pedazo. Yo le doy tres rebanadas más. ¿Los alebrijes pueden comer carne? ¿Las nutrias pueden hacerlo? Bla. Si es su último día de vida, merece probar el salami.

—¿Alicia?

El chico de negro se sienta junto a mí. Sin decir nada toma un trozo de la pizza de salami fría y se lo empieza a comer. Tiene el cabello revuelto sobre la frente, pero no se molesta en apartarlo.

—Ya lo he averiguado —le digo con la boca llena, sin importarme que se me salgan las morusas con cada palabra. A Itzel le gustaba recalcar mi habilidad para comer como pollito.

—¿Qué cosa? —Él tampoco parece interesado en mis modales, porque ni siquiera voltea a verme. Tiene los ojos clavados en la pared de enfrente, que es totalmente lisa y amarillenta.

—Qué tan profunda es la madriguera del conejo —respondo—. Resulta que llega hasta el fin del maldito mundo.

Encontramos algo parecido al confort en el silencio del otro, en la frustración, la rabia y la impotencia que, como ríos subterráneos fluyen bajo nuestra piel. Es justo como dijo Diego:

una simple sacudida y explotarán en géiseres hirvientes. Por ahora, él saca otra caja de pizza sobrante de la cocina. Toca hawaiana. Yo hubiera elegido una de cuatro quesos, si es la última cosa que comeré antes de morir. Pero tampoco es que sea de las que le hacen el fuchi a la comida gratis, aunque esté dura. No le hago el fuchi a ningún tipo de comida. Siempre tengo hambre, incluso ahora, en el umbral del apocalipsis.

—Sabes, nunca me ha gustado llamarme Alicia.

—¿Por qué no? Es bonito.

Arrojo las orillas de la pizza al centro de la mesa, donde Patz las engulle con felicidad. Al menos alguien está teniendo una buena mañana.

—Es el mismo nombre de mi madre —le explico—. Hace que sienta que soy la extensión de alguien más. Ya sé que es una estupidez, pero me gustaría tener un nombre que pueda sentir como propio. El nombre de Itzel, en cambio, siempre me ha gustado. Creo que le quedaba.

—¿Sabes qué significa?

Niego con la cabeza, la punta de un cuarto trozo de pizza entre los dientes, mientras alimento a Patz con pedazos cada vez más grandes de masa y de carne.

—Es un derivado de Ixchel —me cuenta el chico de negro, con la voz un poco ronca y la mirada abstraída—. La diosa maya de la Luna, del Amor, y también de las Aguas. Se hacían peregrinaciones en su honor desde el puerto de Pole hasta su templo en la isla de Cuzamil, ahora Cozumel, para solicitar sus favores.

Apenas me doy cuenta de que he estado llorando desde que salí del apartamento. Las lágrimas se vuelven súbitamente demasiado reales e incómodas, así que tomo una servilleta y me tallo con furia los ojos y las mejillas.

—Diego dice la verdad.

—¿Cómo lo sabes? —Me detesto a mí misma por hacer esa pregunta. No es verdad, no quiero saber cómo está tan seguro.

—Alguien corroboró su historia —sé que está evadiendo la respuesta más directa.

—La encontraron, ¿no es cierto?

Se limita a asentir con la cabeza, con tanta pesadez que me imagino que sus huesos han aprendido a hacer alquimia por cuenta propia y se han transmutado en plomo.

—Hace unas dos horas.

Me pongo de pie, agarro a Patz y me giro en dirección a la puerta de la pizzería.

—Me voy a mi casa.

—Alicia...

—¡No! —Arrojo la caja de pizza al suelo, el servilletero, incluso derribo la silla. Si se ofende el nahual, pues, que venga y me arranque la cabeza—. ¡Dijiste que íbamos a encontrarla! ¡Dijiste que nada más se estaba escondiendo!

—Ya lo sé —quizá lo haga para seguirme la corriente, pero se pone de pie de un salto y patea la silla en la que estaba—. Yo pensé que... Lo entendí todo mal; fui demasiado lento.

Intentó decirme lo que pensaba, y la mandé a volar. Se arriesgó para probar sus sospechas, pero Mateo ya tenía las manos alrededor de su cuello. Estaba sola... la... la dejé sola. Yo... soy un idiota.

Es la primera vez que le escucho tartamudear. Golpea unas cuantas cosas más, arroja otras y varios objetos terminan hechos trizas en el piso. Lázaro, con todo y su apariencia animal, debe tener por allí dentro un corazón muy humano, porque no se aparece para amenazarnos con sus afiladas garras.

—¿Y ahora qué? —Le pregunto suavemente cuando se calma, un cuarto de hora después. Él se ladea lentamente para posar sus ojos en mí—. ¿Vas a decirme que no tienes un plan B?

—¿Un plan contra el fin del mundo? Un plan donde no esté Itzel...

Dejo escapar un suspiro cansado. Giro una de las pocas sillas que se mantienen en pie y, con gran esfuerzo, vuelvo a sentarme.

—Itzel decía que no hay que llamarles con letras —informo, rascándole a Patz la barriga para evitar desquitar la ansiedad que me invade, desde la garganta hasta el intestino, con el pellejito de mis pulgares—, porque eso significa que solamente tenemos veintiséis oportunidades.

—Veintisiete en nuestro alfabeto. Te olvidas de la Ñ.

—No importa —ahora soy yo la que agita el brazo para restarle importancia a su comentario—. De todos modos, lo leyó en una tonta publicación en internet.

—Pensé que te marchabas.

Me le quedo viendo, por primera vez a la luz del día. Es difícil calcular la edad que tiene, algunos años mayor que nosotras, pero no lo suficiente para responsabilizarse por el peso del mundo entero, o por algo que lleva el título de "Regente del Inframundo" después de su nombre, se transforma en serpiente y tiene el poder de provocar terremotos. Ninguno de nosotros está preparado para enfrentarse a un espectro que ha causado calamidades en la Tierra desde épocas ancestrales. Qué rayos, no puedo hablar por él, pero yo ni siquiera estoy preparada para descifrar los misterios del sistema tributario, de las hipotecas o de los seguros. A mí la palabra "afore" todavía me suena a un producto de limpieza. La vida no es justa.

A Itzel no le importó ninguna de esas cosas. La chica se enfrentó sola a los seres más oscuros, sin pararse a pensarlo, sin preguntarse por qué tenía que hacerlo ella en lugar de alguien más preparado. Me viene a la cabeza la imagen de un anciano sabio con una barba blanca y poderosa, majestuosas vestiduras blancas y un cayado de oro. A su lado, un bravo guerrero de brillante espada, un elfo atractivo con un arco mortífero. Gente que sabe lo que hace y cómo lidiar con este tipo de cosas.

Guadalajara tiene orines de tlacuache, mascotas alternativas de colores sicodélicos y jóvenes adultos sudorosos en pijama. La tierra del mariachi y del tequila puede empezar a santiguarse.

—Quiero hacerlo —respondo, encogiéndome de hombros—. Puedes apostar tu trasero a que lo único que quiero es olvidar que algo de esto sucedió y regresar a la cama, pero si lo hago, de nada servirá que Itzel se haya robado el contrato entre un dios del mal, o lo que sea, y un chamán al que se le fue el rebaño entero al monte para ya no bajar. De nada

servirá que haya sido lo suficientemente valiente para ocultarlo, que nos haya elegido a nosotros para seguir sus pistas. No sé cuánto la hayas conocido tú, pero puedo asegurarte que nos pateará el trasero por el resto de la eternidad, si nos reunimos con ella el día de hoy. Dijiste que le diste la espalda una vez, que no la escuchaste y no estuviste ahí cuando necesitó ayuda, ¿lo vas a volver a hacer?

Hay una pausa demasiado larga. Está parado en medio del local, sobre pedazos de vidrio, cartón y plástico, su piel empapada de sudor y, quizá, también de algunas lágrimas. Unos hilillos de sangre le gotean a través de los nudillos. Su pecho sube y baja, aspirando exhausto el aire a bocanadas. Cuando transcurre otro cuarto de hora, pienso que ya no va a contestar nada.

—Al diablo con la Tierra, entonces —ahora sí pienso regresar a casa.

Si éste va a ser el último de mis domingos, más me valdría llegar a tiempo. Recostarme en la cama en medio de mis padres, igual que cuando era pequeña. Cerrar los ojos y aguardar el fatídico terremoto. Echarse a dormir para siempre, no suena como una terrible manera de irse.

—Espera —estoy con un pie en la calle cuando el chico de negro reacciona por fin.

Se ha erguido de nuevo, como si alguien hubiera tirado de un hilo invisible para ajustarle todas las vértebras. Su rostro se le ha iluminado, en un cambio de actitud bastante dramático. Sus ojos negros parpadean muy rápido y su sonrisa es maliciosa.

—Creo que tengo una idea —dice, riéndose sin secarse el rostro lo que, sumado al cabello alborotado y la gabardina arru-

gada, compone un cuadro extraño. Lo observo con el rostro contraído, tratando de decidir si realmente está recuperándose o si de plano ha terminado de romperse por completo.

Con todo y todo, echo el cuerpo para adelante en el asiento, dispuesta a escuchar el plan B que maquina en su extraña mentecilla, incluso si solamente tiene el esbozo. Mejor hablemos del plan de acción número 2. Son las seis y media de la mañana y tenemos todavía alrededor de doce horas para ver qué tan lejos podemos llegar en el sistema numérico.

—¿Qué idea? —Pregunto. Patz me hace segunda con un sonidito de emoción, alzando su largo cuello de nutria y agitando sus alitas.

—Una extremadamente absurda y simplona. Con grandes posibilidades de fracaso. Lo más seguro es que no funcione, y que los seguidores de Mateo nos encuentren, Michelle invoque a los coyotes para amenazarnos y acaben ofreciendo nuestros cuerpos y almas, como el primer sacrificio a Kisín, para motivarle a patear más fuerte la base de la gran ceiba que sostiene el mundo entero.

—Suena a mi clase de idea.

—Tenemos que ir al mercado.

—¿Qué?

El mercado oculto

En el tradicional barrio de Santa Teresita se encuentra uno de los mercados más populares de la ciudad de Guadalajara. No sé con exactitud cuánto tiempo lleva abierto, pero han sido por lo menos alrededor de sesenta años. He estado allí cientos de veces, acompañando a mi madre por las provisiones de la semana, arrastrando el carrito morado de tianguis, que consiguió con sus puntos de Z Gas en los días que no he tenido clases, durante las vacaciones o incluso cuando me he sentido un poco enferma. Con mi madre si no tienes fiebre, te paras de la cama porque te paras.

En una esquina el señor del pescado, quien ya la conoce, le entrega el mismo pedido que hace cada lunes desde que empezó a comprar aquí. En otra, la chica que le vende huevos y pollo le cuenta que el exesposo de su hermana no ha querido visitar últimamente a sus niños. Lo mejor del lugar son, sin lugar a duda, los puestos de comida, especialmente las quesadillas fritas, con salsa verde, queso y mucha, pero mucha, crema.

Cuando pasamos por allí se me hace agua la boca, no importa que me acabe de comer cuatro rebanadas de pizza. Llegamos cuando apenas están abriendo los puestos, y el olor a comida frita empieza a invadir los corredores.

—¿No podemos...?

—Claro que no —responde sin disminuir la velocidad de sus pasos.

—¿Ni siquiera porque es el día del fin del mundo?

—Tenemos hasta el atardecer para resolver este problema, ¿quieres desperdiciar una hora en un puesto de quesadillas fritas? —Es la pregunta más tonta que he escuchado en toda mi vida.

—¡Ah! ¡Sí, obviamente! —De verdad no puedo hacer suficiente énfasis en la última palabra.

Solamente puedo ver la espalda del chico de negro mientras se abre camino a través del mercado, pero incluso así apostaría a que acaba de poner los ojos en blanco.

Ladea un poco el rostro para mirarme por encima del hombro.

—Apégate al plan, Alicia.

—Tu plan es estúpido.

En su defensa, vaya que me lo advirtió. De todas formas, cuando me lo explicó de camino al mercado, por un momento pensé que me estaba tomando el pelo.

—La clave está en el contrato. En las letras chiquitas —dice mientras conduce a velocidad más alta de la permitida, ha-

ciendo saltar los *flashes* de cada velocímetro que se cruza en su camino.

Patz y yo nos agarramos el uno del otro, y al cinturón de seguridad, porque sería muy irónico que al final lo que nos matara no fuera Kisín, ni Mateo o sus coyotes, sino un accidente automovilístico. Mientras cumplo con mi deber de copiloto de advertirle sobre posibles obstáculos en el camino, digamos peatones desprevenidos, semáforos en rojo, topes y baches, trato de seguirle el hilo a la explicación del plan número 2.

—Sí, ése suele ser el truco con los contratos —ni que yo supiera de lo que estoy hablando, no he firmado uno de ésos en toda mi vida y ni uno solo de mis conocidos es abogado.

—Los seres como Kisín jamás ofrecen sus servicios sin exigir una recompensa a cambio.

—¡Ya sé! El alma de Mateo —respondo.

—Exacto. Uno de los chamanes más poderosos, al menos en la región del Bajío. ¿Pero qué pasa si el alma de Mateo no es suya para intercambiar? Sería como haberle estafado y todos los tratos quedarían anulados, lo del terremoto, los poderes que le serían otorgados, cualquier favor que Kisín aceptara brindarle.

—Ok... ¿y cómo quieres quitarle su alma?

—No se la vamos a quitar. Le vamos a poner un nuevo dueño, antes de que él se la dé a Kisín.

—Ok... ¿y cómo vamos a ponerle un nuevo dueño a su alma? Ya me he dado cuenta de que sueno repetitiva, pero por el amor de Dios, llevo casi veinticuatro horas despierta. Mi cere-

bro comienza a entrar en modo avión, a pesar de los subidones de adrenalina y los aumentos de energía que te puede dar saberte perseguida por monstruos.

—Con un amarre.

Me retuerzo en el asiento de copiloto, carcajeándome con tal fuerza que las lágrimas ruedan por mi rostro. No me he reído de esta manera, desde antes que Itzel desapareciera de mi vida. Ella siempre encontraba el modo de hacer que me doliera el estómago de la risa, pero el chico de negro aquí ha superado hasta el mejor de los momentos de mi amiga.

—Ay, ¿hablas en serio? No, no puedes estar hablando en serio. ¡¿Ése es tu plan?!

—Te dije que era simplón —responde, como si eso justificara el nivel de idiotez de su sugerencia—. Pero piénsalo: si el alma de Mateo le pertenece a otra persona, no tiene derecho alguno a ofrecérsela a Kisín. Es como empeñar una propiedad que ni siquiera está a tu nombre, y poco importa que Mateo no se haya enterado del nuevo cambio de administración.

—¿De su propia alma?

—Si no estuviera ocupado con los preparativos para recibir al Regidor del Inframundo esta misma tarde, se daría cuenta y lo rompería inmediatamente. Pero lo conozco, es un controlador y no confía en casi nadie para hacer su trabajo. Se hallará preocupado asegurándose él mismo de que nada falle durante el ritual, que quienes se supone que deben salvarse se encuentren en los sitios seguros, las ofrendas para Kisín listas, los sacrificios debidamente purificados y preparados, no se dará cuenta. Será como tener un ligero dolor de cabeza. Cuando decida ponerle atención, ya no tendrá opor-

tunidad de corregirlo. Habrá ofendido a Kisín y perderá el contrato más importante de su carrera como chamán.

—¿Y Kisín se retirará de vuelta al Inframundo, así como si nada?

—Kisín es un ser legendario, poco le importan los conflictos humanos. Tiene sus propios problemas evitando que se le rebelen las almas en la sección que dirige en el Infierno, además, es bastante temperamental y orgulloso, fácil de ofender. No hará negocios con ningún humano que se haya atrevido a insultarle, por más que se trate de un chamán de grandes fuerzas.

—¿Pero no intentará llevarse el alma de Mateo de todas formas?

—Él no tiene el poder para hacer eso, no si el alma de Mateo ha sido conectada con otra alma, una que no tenga nada que ver con el asunto. La tuya, por ejemplo.

Eso ya no me causa tanta gracia.

—Quieres que yo realice el amarre.

—Claro que no, tú no tienes idea de cómo se hace un amarre, para eso estamos yendo hacia el mercado, a pedirle ayuda a la mejor que conozco en esas artes y estamos de suerte, porque a ella no le agrada Mateo ni un poquito. Lo que quiero es que nos dejes utilizar tu alma como enlace. No tienes conexiones con nosotros, será lo más seguro y eficiente. Tú serás la única con el poder de ofrecer el alma de Mateo a Kisín, y lo harás, para aplacar la ira que sentirá cuando descubra el engaño. Será un buen inicio de semana para el dios del Inframundo, porque regresará a casa junto con el alma que le fue prometida y sin las obligaciones establecidas du-

rante el pacto. Esperemos que eso lo convenza de no patear, por el momento, ninguna ceiba.

Me conduce hacia unas escaleras, en una de las esquinas del mercado, que yo jamás había notado antes. Los únicos que suben y bajan por ellas son seres de características muy interesantes, desde cabritos peludos y parlanchines, hasta señoras que llevan consigo lo que parecen espectros unidos por cadenas. En las bolsas del mandado, que cuelgan de sus brazos rechonchos, en lugar de zanahorias y calabacitas hay cabezas reducidas al tamaño de una bola de billar, alas de murciélago, cuernos de cabra, collares de ajo. Lo último es la mercancía más ordinaria. Si no me equivoco una mujer lleva consigo un ramillete de colas de tlacuache, ¡pobres animales! Y yo que pensaba que nuestra versión del mercado de Santa Tere era lo suficientemente grotesca para considerar el veganismo.

—¡Eh, fíjate por dónde vas! —Tengo que mirar hacia abajo a tiempo para evitar arrollar a un ser de piel grumosa que me llega hasta la rodilla.

—¡Lo siento!

Creo que me ha gritado una grosería, pero la vocecita aguda que posee la hace sonar igual a la de un niño de dos años que me hubiera insultado.

El mercado no es tan diferente del que se encuentra encima, a través de un pasaje que me imagino está protegido por el hechizo Bajo *Incanto*, pero tiene muchísima más actividad a esta hora de la mañana que el mercado regular. Filas de locales se extienden ante nuestros ojos, exhibiendo una variedad de coloridos productos, el ruido de una decena de voces elevándose al mismo tiempo. El siempre confiable "pásele, pásele, ¿qué va a llevar el día de hoy?", seguido de frases

un poco menos ordinarias: "llévele, llévele, orejas frescas de conejo, caldo de tímpanos, afiladores de cuernos, los mejores acondicionadores para el pelaje de su *troll*".

Por allí hay una herbolaria que despide aromas entremezclados; el intenso olor de la menta, la suave frescura de la yerbabuena, mezclados con el olor a carne muerta que sueltan unas enormes flores rojas de robustos pétalos manchados de amarillo; ¿estoy loca, o esas cosas tienen dientes en lugar de espinas? Un puesto lleno de recetarios con títulos como "100 maneras de cocinar un alebrije". Me imagino que no todos los utilizan de mascotas. Una variedad de marcas de *tlahulli* se despliega en la estantería de otro local, las botellas cuidadosamente acomodadas para mostrar sus etiquetas al público, ordenadas de menor a mayor precio.

Al fin, el chico de negro se detiene en un local lleno de collares, *pashminas,* barajas de tarot y otros tipos de cartas que no logro identificar, inciensos encendidos que despiden un humo penetrante. También hay libros que hablan de cómo leer el futuro en las hojas del té, en los restos de café y en las burbujas de una Coca-Cola. No sé si el último volumen es una especie de broma local, o si tanto el escritor como los vendedores hablan en serio.

A estas alturas ya no me cabe la menor duda de que todo es posible en Bajo *Incanto*.

Hay unas tarjetitas de presentación acomodadas al alcance de los clientes, están ordenadas en abanico, tienen un logo en forma de ojo dibujado en el centro del rectángulo y una leyenda mecanografiada justo abajo:

Licenciada Serena García
Con 66 años, la única vidente natural
y experta en amarres en Guadalajara.

No te dejes engañar, soy la única
que puede devolver el amor a tu vida.

Serena García resulta ser una mujer robusta, de cabellos rizados pelirrojos, amarrados descuidadamente con una pinza para la ropa en la parte más alta de la cabeza. Lleva demasiado maquillaje en el rostro, los labios pintados de color carmesí brillante, alrededor de diez collares de cuentitas con múltiples tonalidades cuelgan sobre su voluptuoso pecho, haciendo un ruido de piedritas cada vez que la señora realiza el más mínimo de los movimientos. Sus brazos también están recubiertos por una cantidad impresionante de brazaletes. Me imagino que son todos amuletos de diferentes tipos, protecciones contra el mal de ojo que le puedan querer lanzar otros amarradores profesionales, para eliminar a la competencia.

El chico de negro la saluda afectuosamente. Se olvida de presentarme a mí, porque yo soy solamente la temporal que lo acompaña, la normalita de cuya alma depende el futuro entero de la humanidad, pero para qué desperdiciar saliva pronunciando mi nombre, al cabo que ni me gusta.

Se acerca al oído de Serena para hacerse oír por encima del ruido que hay en el mercado, sin tener que alzar la voz. La mujer adopta una expresión de comprensión. Se sale del local, diciéndole a una chica de unos veinte años que cuide el changarro mientras ella no está, y nos conduce hacia una puerta doble que se encuentra en la parte trasera del lugar. Es una especie de bodega, llena de contenedores, congeladores e incluso varias hileras de casilleros.

—A ver, guapo. Antes que nada, dime, ¿cómo está tu madre?

El chico de negro esboza una mueca que parece indicar su indecisión ante la manera en la que debería contestar esa pregunta.

“Ella se encuentra bien, al menos durante las siguientes diez u once horas, como el resto de los habitantes en el planeta”, pienso.

—Está muy bien, te lo agradezco —responde por *default.*

—Me alegro mucho. Ahí me la saludas cuando la veas, hace rato que no se da una vuelta por aquí.

—Claro, de tu parte. ¿Tú, cómo has estado?

Jesús, María y José, y todos sus amigos carpinteros. Mejor me hubiera quedado en el local de las quesadillas fritas.

—Necesito pedirte un favor enorme, Serena —empieza el chico de negro, al fin, después de que hemos perdido diez minutos discutiendo lo difíciles que están los tiempos últimamente, la competencia cada vez más agresiva que hay en la profesión de los videntes y de los amarres, y la cantidad increíble de desvergonzados que andan por ahí tratando de estafar a los clientes. Pero para el segundo desayuno dice que no tenemos tiempo—. Me urge un amarre.

—¿A ti? —Serena empieza a reír, con la exageración de una actriz de telenovela—. Tu madre siempre nos ha dicho que estás muy ocupado con eso de la academia como para andar de novio. Supongo que eso prueba que en los asuntos del corazón no se manda. ¿De quién estás enamorado, muchacho? Me imagino que no será de esta niña de aquí, está muy chiquita para ti.

No necesito decir nada para que él se dé cuenta de que estoy gritando internamente. Alto, muy alto. Un minuto más de esta charla sin sentido, y yo me largo. Que se busque a otra tonta para prestarle su alma para un amarre.

El chico de negro se ríe y se rasca la nuca, con obvia incomodidad.

—Es una historia muy larga, Serena —responde, cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra y retorciéndose las manos—. Tú eres la mejor en amarres, y no se me ocurriría pedirle ayuda a nadie más.

Ah, claro, el viejo truco del adulador. Le funciona de maravilla. Serena ríe con satisfacción y mueve la cabeza en señal de asentimiento.

—Habla, mi muchacho. ¿Pa'qué soy buena?

El chico de negro le explica la situación con la mayor delicadeza posible, omitiendo los detalles más alarmantes para evitar esparcir el pánico en la comunidad Bajo *Incanto*, que vive un domingo tranquilo y rutinario. Sus mañanas de fin de semana son más productivas que la de la mayoría de los regulares, hay que decirlo. Se limita a explicarle que la víctima del amarre es Mateo Lacunza, y que yo debo ser la otra parte del hechizo.

—No se trata de algo romántico —se apresura a agregar antes de que Serena proteste por la gran diferencia de edad que existe entre los involucrados—. Sino de controlar a Mateo para impedir que realice un conjuro prohibido. Tiene que ser el amarre más poderoso de los que Serena es capaz de hacer, lo suficientemente fuerte como para influir en la voluntad de un chamán experimentado.

—¡JA JA! —La carcajada sarcástica de Serena enciende esperanzas dentro de mi pecho. Es la clase de risa que indica que está más que dispuesta a aceptar el reto—. Mateo Lacunza podrá ser un chamán experimentado, pero yo también tengo mis años en el negocio. No notaría, en semanas, ni

el menos elaborado de mis amarres. Siempre me ha dado mala vibra, no me sorprende que esté experimentando con brujerías negras.

—¿Significa que vas a ayudarnos?

Serena le dice que sí, pero que no podemos hacerlo en el mercado. Un tipo de amarre como el que tiene en mente requiere de ingredientes que no están a la mano, ni siquiera entre los montones de cosas raras con las que comercian allí abajo, y de procedimientos que no podría concretar en un sitio público lleno de gente. Le pasa una tarjetita de presentación al chico de negro que saca de una carterita guardada en el sostén. Señala, con una uña alargada, la dirección que está apuntada en letras chiquitas, en la parte de abajo; una tienda a veinte minutos de aquí.

Nos ponemos en camino de inmediato.

De todas las cosas que pensé que ponía en juego cuando elegí seguir al chico de negro hacia la oscuridad de la madrugada, la integridad de mi alma no se encontraba listada por ninguna parte.

La hora de la invocación

Hemos agotado el tiempo concretando el plan de acción número 2, que ya no hay más. Un desesperado intento de apelar a las letras chiquitas en el contrato espectral es la única solución que queda, y nuestra principal arma, nuestra súper carta bajo la manga, es un amarre de dudosa calidad, por más que el chico de negro jure y perjure que Serena es la mejor. Estamos jugando a todo o nada. Resulta que los amarres profesionales no son cosa de encender algunas velas, recitar un par de versos, quemar fotografías con el rostro del objetivo y ya está. Pasamos casi todo el día en la trastienda de Serena, siguiendo cada una de sus instrucciones al pie de la letra, por más bizarras, grotescas o sinsentido, que pudieran parecernos.

Me he bebido una cantidad de cosas que ni siquiera quiero volver a ver en mi vida, me han pinchado en todas las yemas de los veinte dedos tantas veces que ya ni siquiera siento nada. He tenido que ponerme de cabeza para llevar la

sangre hacia mi cerebro y hacia mi corazón, recitar palabras en lenguajes que no comprendo, arrancarme un buen mechón de cabello y escupir tanta saliva que mi paladar está seco. Hasta donde mi conocimiento llega, bien podrían estarme metiendo al Chamuco y yo ni siquiera me daría cuenta. No tengo más crédito que una rata de laboratorio.

Las sienes me palpitan con furia y cuando estoy a punto de gritarles que ya no más, que basta de los menjurjes que saben a patas, de las letanías en hebreo, o lo que sea, y de regalarles gotitas de mi sangre en pro de la causa mayor, Serena anuncia con jovialidad que el amarre se encuentra listo, como si todo este tiempo hubiéramos estado preparando un flan casero.

¿Qué hicieron ustedes el domingo? Yo me sacrifiqué por el equipo, vi la apuesta de Mateo y entré al juego con mi alma, luego nos ubicamos en la esquina más adecuada para que sus hombres nos encontraran, y sin que ellos se enteren de que todo está planeado, nos hacemos los que nos resistimos a ser conducidos hacia sus camionetas, entre empujones y amenazas de encerrarnos también en el Mundo Espectral, y de torturarnos igual que hicieron con Itzel.

Nos han vendado los ojos para que no sepamos a dónde nos llevan. Cuando me quitan la tela estamos en una especie de altar, rodeados de otras quince o veinte personas. A todos nos han atado las manos y los tobillos, nos han hincado en el piso y ubicado, siguiendo un patrón, en medio de ofrendas de todo tipo: desde ollas que desbordan frijoles calientes, tortillas, veladoras, hasta cadáveres en descomposición de diferentes animales.

El hombre al que llaman Mateo está parado a mitad del altar. Lleva puesta una túnica escarlata, una barba de pocos

días le cubre la barbilla cuadrada y el cabello recogido en una coleta; es más joven de lo que yo hubiera anticipado.

Está cantando yo no sé qué tantas cosas, con las manos elevadas hacia el cielo, los ojos cerrados, bamboleándose con un viento imaginario. Trae puestas varias reliquias: un collar de dientes que, desagraciadamente, parecen humanos, otro que creo que está hecho de piedras de obsidiana y una serpiente de oro colgando de una cadena.

Hay muchas personas en esta especie de galería subterránea. No tengo ni la menor idea de dónde estamos, pero dudo que alguien nos encuentre por casualidad y tenga la oportunidad de ayudarnos. Si el plan número 2 no funciona, al menos puedo decir que en las últimas veinticuatro horas que viví sobre la Tierra fui testigo de escenarios muy interesantes. Éste es uno de ellos.

La sala entera se encuentra iluminada con fuego. No hay ni un solo aparato electrónico del que yo pueda darme cuenta, ni siquiera un foco. Mateo preside una especie de misa, una reunión llena de cánticos y rituales, y puedo decir que cumple con las expectativas hechas en mi cabeza de cómo debería verse una invocación a un dios prehispánico.

Cada que veo su cara se reproducen en mi cabeza las palabras de Diego; lo que dijo que le hizo a Itzel cuando se enteró de que ella conocía su secreto, que podía divulgarlo entre aquéllos con el poder de detenerlo. Ya no siento ninguna clase de miedo ni de arrepentimiento. Es aquí donde quiero estar, en el final, mirando el rostro de la persona contra la que Itzel luchó hasta las últimas consecuencias. Si soy la mitad de valiente de lo que fue mi amiga, me habré dado por bien servida.

Llega el momento que todos estamos esperando. Mateo anuncia la hora del atardecer, aunque en esta galería no hay manera de saber si el sol está oculto o no, porque no hay ventana alguna. Estamos rodeados de piedra y de agua, a juzgar por el sonido de un chapoteo en la distancia. El corazón se me acelera dentro del pecho, un corazón que, más nos vale a todos, se encuentra atado al alma del ser más despreciable que existe en el universo.

Mateo se pasea entre las ofrendas, revisando que las cosas, y también los sacrificios, se encuentren en su sitio. Da varias instrucciones para que su gente se acomode de cierta manera. Una mujer se acerca a mí y se coloca a mi derecha. No me genera la más mínima gracia darme cuenta de que sostiene con ambas manos un cuchillo tallado en hueso.

Hay una persona al lado de todos los que estamos destinados a ser sacrificados en nombre de Kisín, de Mateo, con su estúpido complejo de dios, y de un genocidio para purgar la Tierra. Los seguidores que han sido elegidos para cumplir el papel de verdugo cierran los ojos, adelantan los cuchillos, ofreciéndoselos a la Tierra, al Inframundo. Agachan la cabeza y se ponen a orar, encomendándose para desempeñar su papel de la mejor manera posible.

Mateo se da aires de grandeza, pavoneándose en el recinto, como si ya fuera el rey del nuevo universo, de la sexta era y como si él mismo fuera el Sexto Sol. Cuando el suelo comienza a moverse bajo nuestros pies, los ojos casi se le salen de las órbitas. Todos emocionados gritan palabras, invitando a Kisín a adentrarse en la galería. El altar se parte en dos y grietas profundas aparecen en el suelo.

Me giro para mirar al chico de negro, quien está hincado a dos sacrificios de distancia, él también parece impresionado. Ni siquiera los de la academia debieron prepararlo para

una visión como la que se alza frente a todos nosotros: no se me ocurre ninguna clase de espectro, de demonio o de asesino serial, que pueda equipararse al terror del que es capaz de infundir esta criatura. Freddy, Jason, Mike, parecen un trío de peleles puestos al lado del que tiene el derecho entero de ostentar el título de dios del Inframundo.

Kisín se aparece como un esqueleto putrefacto. La piel le cuelga en tiras y los ojos bailan con cada uno de sus pasos, fuera de las órbitas, unidos al cráneo por nada más que un débil pedacito de carne negra. Del orificio de la boca le asoman lo que parecen ser espinas en lugar de dientes.

—¡Bienvenido, Kisín! —Mateo se deja caer al suelo en una reverencia, a los pies de la criatura.

Kisín se dirige a él en una lengua que yo desconozco. Su voz espectral, grave, siniestra y pausada, retumba en las paredes de piedra de la galería. Una vez más busco al chico de negro y él me traduce sus palabras, de su dialecto al español.

—Como buen negociador, exige primero el pago acordado —susurra con una sonrisa en el rostro. Los verdugos que nos vigilan están tan absortos y petrificados mirando a la pesadilla que no nos ponen ninguna atención.

—¿Todo o nada? —Pregunto, agarrando valor en el recuerdo de Itzel.

—Todo o nada —responde el chico de negro.

Kisín se transforma en una serpiente, con tanta naturalidad que hasta a mí me parece una cosa orgánica, fluida, algo perfectamente en orden. Se desliza hasta enroscarse en el cuerpo de Mateo. Primero lo lame de la cabeza hasta los pies, luego separa la mandíbula y abre tanto la boca que es

capaz de tragarse el cuerpo entero del chamán, de arriba abajo. La mujer parada junto a mí deja caer el cuchillo de hueso, se lleva las manos a la boca y puedo ver que han comenzado a darle arcadas (no es la única). Varios vomitan el contenido de su estómago en el suelo sagrado de la galería. A Kisín, el dios Hediondo, no parece importarle. Es verdad que su cuerpo putrefacto despide el olor de los huevos podridos, el olor del azufre que debe ser característico del Inframundo.

De repente, como si se hubiera intoxicado, Kisín se arrastra hacia atrás, escupiendo lleno de desagrado el cuerpo de Mateo. El chamán está confundido ante la ira demostrada por el espectro.

—Ya lo tenemos —el chico de negro sonríe con ganas.

Kisín, nuevamente en la forma de un esqueleto, sujeta el cuerpo de Mateo igual que si fuera una almohada, y lo arroja hacia atrás con furia. La gente grita y se dispersa, dándose cuenta rápidamente de que algo ha salido mal. La galería se llena de caos y confusión, algunos intentan salir de allí lo antes posible, otros se desmayan sin remedio, nadie se molesta en soltar los sacrificios.

—Mateo le está diciendo que ha habido un error. Es nuestra oportunidad.

El chico de negro se levanta, tirando al suelo las ataduras rotas que ha debido cortar con su daga desde hace rato. Me libera a mí de igual manera y los dos nos acercamos peligrosamente al centro del recinto, donde Mateo intenta ponerse de pie y darle explicaciones a un dios que está a punto de arrancarle los miembros.

—¡Kisín! —Él le llama la atención gritando su nombre. Lo veo señalarme con el brazo, diciendo cosas que me doy la libertad de traducir en mi cabeza, a mi modo:

—Eh, amigo. No te enojes, se ve que aquí te están jugando chueco. Mira, deja, te explico: mi amiga Alicia, aquí presente, es la verdadera dueña del alma de Mateo. Ya sé, yo también creo que es demasiado joven para estar unida a un tipo tan viejo... y tan feo. Ella es muy bonita, ¿verdad? En fin, después de hablar seriamente con mi amiga, se ha dado cuenta de que cometió un error eligiendo el alma de Mateo. Está dispuesta a dártela, así nada más, sin condiciones ni pactos, excepto, quizá, que te lleves al chamán enterito al Inframundo: alma, espíritu, cuerpo, toda la cosa, aquí ya no lo queremos. Además, se lo tiene bien ganado por jugar con tu tiempo, por quererte ver la cara. En sentido figurado, pues, porque no tienes cara.

Kisín responde otra cosa, me imagino que es algo parecido a lo siguiente:

Ah, súper bien. Sí, me late. Dile a tu amiga que recite las palabras mágicas para que pueda proceder a lamer su frente, en forma de serpiente, y llevarme el alma de este de vuelta al Inframundo, y su fea cara también. Qué buena onda que me pagarán y tendré el domingo libre. ¡Yuju! Esto es lo que yo llamo una situación de ganar-ganar.

El chico de negro se inclina con respeto frente a la criatura; jala mi brazo con fuerza para que yo haga lo mismo, mientras Kisín se transforma nuevamente en una serpiente. Me aterra que intente tragarme de la manera en la que lo hizo con Mateo, pero se limita a lamerme con la lengua bífida, desde mi frente hasta la punta de mis pies descalzos. He perdido las pantuflas, en alguna parte, entre el trayecto de la tienda de Serena y esta galería de locos. Nadie me advierte que estoy en peligro de perder el conocimiento.

Al parecer Kisín se lleva consigo no solamente el alma de Mateo, sino también los últimos vestigios de fuerzas que me quedan para mantenerme despierta. Lo succiona de mi

frente, como Diego dijo que le succionó el veneno de los insectos que lo atacaron a las puertas del Inframundo, y me siento adormecida.

Lo último que veo antes de caer en el vacío de la madriguera de conejo, es un esqueleto con ojos colgantes, arrastrando del pie un cuerpo que se retuerce, que da alaridos salvajes y araña el suelo en vano. Van en dirección al agujero por el cual entró el espectro, unos minutos atrás. El ritual se ha terminado en un abrir y cerrar de ojos. Un tris, tras, y así como así, el árbol de ceiba que sostiene el universo está temporalmente a salvo de las patadas iracundas de Kisín, y de las agendas ocultas de chamanes perversos. A veces las soluciones más simples son las más eficientes, las ideas más absurdas pueden tener un gran potencial escondido, aunque otras sean solamente ideas brutas. Gracias al cielo que el chico de negro ha tenido una de las primeras. Casi parece ridículo que el viaje haya iniciado menos de veinticuatro horas atrás. Siento que he estado rondando Bajo *Incanto* al menos durante una semana.

—Lo hiciste muy bien, normalita —son las palabras del chico de negro, pero por alguna razón escucho también la voz de Itzel, como si hablaran al mismo tiempo—. Será mejor que te regresemos a casa, antes de que tus padres despierten.

Veo una última cosa, las botas que calza el chico de negro moviéndose alrededor de mí para recoger mi cuerpo. Y los zapatos favoritos de Itzel, caminando justo a su lado: unos Converse color magenta con agujetas blancas.

—Lo logramos Itzel. Hiciste bien en elegir una nutria sicodélica y dos jóvenes, sudorosos y en pijama, para postergar el fin de una era.

La chica que sobrevivió en Bajo *Incanto*

—¿Tú escribiste todo esto, Alicia?

El director, Lalo, tiene una expresión inescrutable; no sé si está consternado, perturbado o qué estará pensando exactamente y tampoco me importa demasiado. Esto no se trata de él, ni siquiera se trata de mí. Siempre fue acerca de ella, de Itzel (o Ixchel, la diosa del Agua y de la Luna, la diosa del amor, cualquiera de esos títulos le habría encantado).

La oficina está cerrada. Él parece muy incómodo de tener esta conversación, lo entiendo. Siempre es complicado discutir sobre los muertos.

—Sí, yo lo escribí y lo publiqué en el blog.

No sé qué clase de respuesta esperaba, pero tamborilea con los dedos sobre las hojas impresas en las que, me imagino, se encuentra la historia de la búsqueda de Itzel. Le da un

vistazo rápido a la puerta de cristal. Supongo que preferiría encontrarse en cualquier otro lado, o que yo lo estuviera. Enviarme a un terapeuta y cerrar el expediente sin involucrarse demasiado; un par de firmas, un mensaje amable a mis padres, y ya está.

—Hay algunos que piensan que esto es... bueno —se aclara la garganta y lo intenta de nuevo— ¿alebrijes, un mercado fantástico escondido en el mercado de...?

—En el mercado de Santa Tere.

Me mira como si hubiera perdido la razón de repente, no lo puedo culpar. Aunque definitivamente se equivoca en un punto: si he perdido la razón, eso ocurrió hace tiempo.

—¿E Itzel es una cazadora de demonios?

—No exactamente. Es una vigilante; aprendiz de vigilante, en realidad.

—Mira, Alicia, la cosa es así —se quita los lentes y aparta, con un movimiento suave pero firme, las hojas en las que Itzel es una guerrera, en las que hay concilios de magos en las explanadas, nahuales regentando pizzerías, escaleras escondidas con hechizos en sitios públicos y la fuente de los *niños meones* (porque aceptémoslo, nadie los llama los niños traviesos), cobra vida cada segundo domingo del mes—. Existe preocupación en general con respecto a la manera en la que estás llevando las cosas, algunos son de la opinión de que no has tomado en serio lo que sucedió. Es una tragedia, lo que desafortunadamente le ocurrió a Itzel. O que publicaste estos textos para hacer viral tu página. Alejandra, la psicóloga, piensa que con este cuento te estás alejando de la realidad, que estás en negación, lo cual, quiero decirte, es entendible. Es muy difícil lidiar con algo así cuando

se es tan joven. Itzel era tu mejor amiga, pero ésta no es la mejor manera de...

—Itzel está muerta —lo interrumpo—. Eso lo sé bien. Y sí, es una tragedia. Siempre es eso exactamente, una tragedia. Fíjese en las páginas, en los comentarios de las noticias, esa palabra se repite una y otra vez. ¿Y si yo no quiero que Itzel sea solamente eso? ¿Y si yo no quiero que, al buscar su nombre completo en *Google,* las noticias sobre lo que pasó sean lo primero, o tal vez lo único que aparezca? Las personas la recordarán por eso, y nada más. Por lo que hizo el último día, por dónde caminó, el nombre de la esquina por donde pasó. Yo quiero que Itzel sea una heroína, una vigilante del mundo fantástico, una aventurera que evitó un sismo de proporciones fatales provocado por el dios Kisín de la Muerte. Quiero que sea eso y no una nota periodística con la palabra "tragedia" resaltada en negritas en el título. Ella amaba esas historias, las leíamos todo el tiempo, le gustaba que le escribiera cuentos y era la única que los leía, es lo menos que puedo hacer, lo único que puedo hacer, en realidad. No tenemos el control de nada, excepto de nuestras palabras, y de los mundos que creamos con ellas. ¿Qué hay de malo en eso?

Una hora después estoy afuera de la oficina, caminando de regreso al salón de clases. Itzel ha muerto. Se habla de la noticia en los pasillos de la escuela, aunque lo dicen muy bajito para que nadie escuche. Pero también hablan de la historia que he publicado la noche anterior. Supongo que a nadie le agrada la idea de inventarle una última aventura a los fantasmas, de tomar el nombre de una víctima para convertirla en la salvadora del mundo entero. Mi madre responde siempre lo mismo: "Hay que rezar por su alma". Yo digo que a Itzel no le faltan tantas "Ave Marías", como le faltan cuentos de fantasía.

Puedo prometerte una cosa, Itzel: mis mundos serán por siempre tuyos, y yo me aseguraré de que tu nombre perdure infinitamente en Bajo *Incanto*. La búsqueda fue tan sólo el inicio.

Epílogo

Dulce tiene un nuevo plumón magenta, parece encantada de poder estrenarlo, garabatea con él las soluciones de las ecuaciones en la página 30. No sé si puedo juzgarla, Yo, que ahora me detengo el cabello en un chongo en la parte alta de la cabeza con una pluma llena de brillantina. No nos podemos olvidar de la bola, peluda y rosada, en el extremo.

"He adoptado a tu gato. Pátzcuaro y Tocino están aprendiendo a convivir mucho mejor de lo que esperaba, aunque reconozco que al inicio el perro le sacó varios sustos y desde que Patz llegó no se ha vuelto a meter ni una sola rata a mi casa."

Afuera, en el patio, los niños de primaria acaban de salir: unos brincan la cuerda, otros cantan cancioncillas molestas, tonadas pegajosas, que se me quedan en el cerebro sin que pueda evitarlo. Hoy no hay partido de futbol, así que el recreo está casi vacío y cuando los mocosos se meten a sus salones en la planta baja, el patio queda desierto.

Fabiola me alcanza antes de marcharme a casa para enseñarme tímidamente el logo que le ha hecho al proyecto. Hoy casi nadie me ha hablado, a excepción de Laura, y hasta ella parece pensársela dos veces antes de preguntarme qué ha pasado en la oficina del director. En cuanto le digo a Fabiola que me parece bien la propuesta se regresa adonde están Paola y el resto, sin responderme nada.

Me quedo sola en el estacionamiento de la escuela, esperando ver aparecer lo antes posible la Voyager que me regresará a casa. No estoy enojada con nadie, ni siquiera lo estoy con el universo y sus injusticias por arrebatarme a mi mejor amiga, aunque la extrañe con locura. Solamente estoy cansada. Cierro los ojos unos momentos, pienso en el cursor de la hoja casi llena que aguarda en la computadora de mi habitación, y la idea de sumergirme en un mar de letras me hace sentir un poco mejor.

Miro hacia atrás desde la ventanilla del carro antes de salir del estacionamiento, más por impulso que por cualquier otra cosa. Puedo ver, de reojo, una forma negra con las manos en los bolsillos. Un sujeto vestido de muerto, mirándome fijamente desde la entrada de la escuela.

Medio segundo después, ha desaparecido.

ÍNDICE

El hombre vestido de muerto 5

Patz, el alebrije 15

Bajo *Incanto* 35

Lázaro, el nahual 51

El hombre en llamas 63

Kisín, El Maligno 75

El mercado oculto 89

La hora de la invocación 101

La chica que sobrevivió en Bajo *Incanto* 109

Epílogo 113

Agradecimientos:

Para Luis Rivas; mejor amigo, amor, cómplice y confidente. Gina y Jorge; mis hermanitos, mi manadita. Mis padres, la roca más sólida en la que me sostengo. Mi familia; apoyo y refugio.

Para Adriana, a quien le cumplo un agradecimiento prometido desde secundaria. Para M.G, Ana, Katia, Esther, Daniela Gamboa, Fernando. Daniela L. Guzmán, Daniel Centeno, Marina; porque el Jardín Blanco me inspira hasta este día.

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Marina Núñez Bespalova
Secretaria de Desarrollo Cultural

Omar Monroy Rodríguez
Titular de la Unidad de Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General de Vinculación Cultural

Guillermina Pérez Suárez
Coordinadora Nacional de Desarrollo Cultural Infantil

En busca de Itzel, escrito por Irene González, se terminó de imprimir en el mes de julio de 2022 en la Ciudad de México, en los talleres de Ediciones Corunda, S.A. de C.V.

El tiraje constó de tres mil ejemplares.